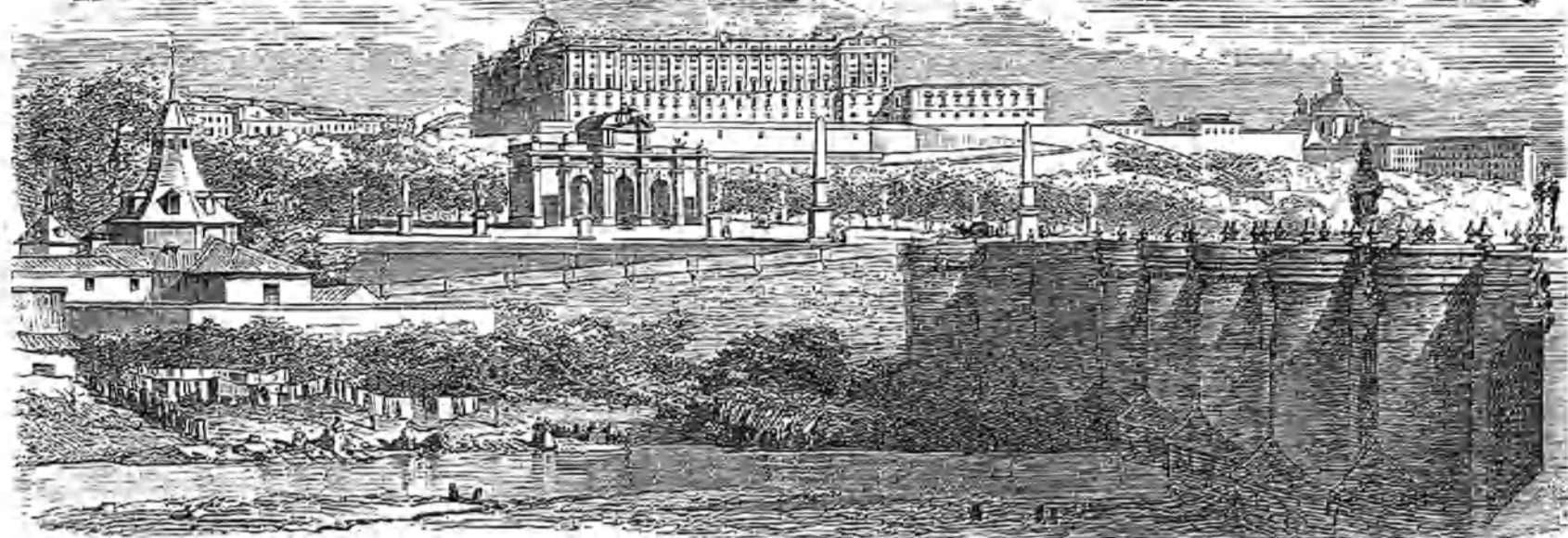


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE SETIEMBRE DE 1870.

NÚM. 18.

### SUMARIO.

TEXTO.—*Ecós*, por D. J. Eché.—Carta de Strauss á Renan.—Revista monumental y arqueológica (conclusión), por D. José Amador de los Ríos.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Ferrández Branon.—Carabina Nuñez de Castro, por D. B. R.—Observaciones sobre la obra del general Trochu titulada «El ejército francés en 1870.»—A una golondrina (poesía), por D. E. Sánchez de Fuentes.—Marruecos. Artículo V, por D. Antonio de San Martín.—Medalla conmemorativa del convento de Vergara, por G.—Teatros, por D. A. Sánchez Pérez.—El «Lilian», vapor de guerra de la marina española.—Cantina de un batallón de Voluntarios de la Habana, por L.—Campaña franco-prusiana, por D. Eduardo de Martánez.

GRABADOS.—Mr. Thiers, dibujo de D. Alfredo Pérez.—Mr. Picard, ministro de Hacienda de la república francesa, dibujo del mismo.—Depósito de los efectos regalados para los hospitales de sangre del ejército alemán, dibujo del mismo.—Monsieur Julio Favre, ministro de Negocios extranjeros de la república francesa, dibujo del mismo.—Enterramiento de los cadáveres alemanes después de la batalla de Sedan, dibujo de D. Francisco Pradilla.—El «Lilian», vapor de guerra de la marina española, dibujo de D. José Romero y Guerrero.—Carabina Nuñez de Castro, dibujo de D. Antonio Nuñez de Castro.—Guerra de Francia y Prusia. Aspecto del Mosela después de la batalla del 20, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Grabados pertenecientes á la Revista monumental y arqueológica.—Medalla conmemorativa del convento de Vergara, dibujo de D. Eduardo Ferrández Pescador.—Cantina de un batallón de Voluntarios de la Habana, dibujo de D. Alfredo Pérez.

haza ante los fuertes de la ciudad santa y el ejército sitiador abre muchos fosos, como disponiéndose á enterrar el gran cadáver.

—¡Profanación! ¡Profanación! En el siglo XIX nada se respeta.

Mientras los prusianos se contentaban con incendiar aldeas, destruir cosechas, arrasar bosques, fusilar nam-

pesinos y empujar ante sus ejércitos á los arruinados habitantes de las fronteras, el rey Guillermo estaba en su derecho.

Pero desde que decidió hacer un viaje á París acompañado de su ejército, el rey Guillermo comete un atentado.

—¡A Berlín! ¡A Berlín! gritaban los parisienses como hombres, cuando creían que la guerra iba á ser un juego.

Y ahora que la cosa va de veras gritan los parisienses como niños: «¡Que no vale!» «¡Que no vale!»

Paris, la población que llevó la guerra á todos los pueblos de Europa, la que dictó órdenes para invadir todas las capitales, se declara á sí misma sagrada é inviolable.

Francia, que desmembró el territorio de las grandes potencias y deshizo los pueblos débiles en provecho de los fuertes, hoy, vencida, pide que se respete la integridad de su territorio.

Si la guerra es un albur, los franceses quieren ser jugadores de ventaja.

Militar y políticamente la causa de Paris está juzgada; pero en el órden moral es ya distinto: la existencia de París es fatalmente necesaria; sin París no hay sociedad posible, ni adelantos, ni felicidad, ni figurines en los periódicos de modas, ni caricaturas, ni novelas científicas, ni óperas bufas, ni objetos de tocador, ni arte de cocina.

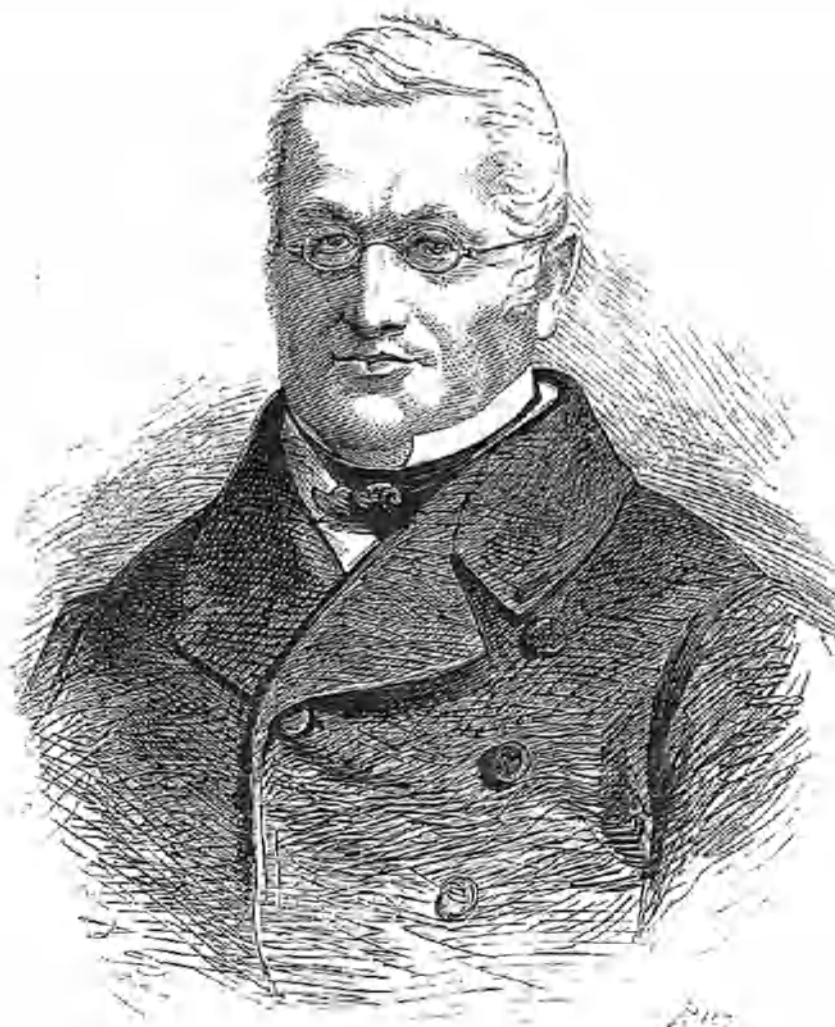
Mabille es la Mecca de las cortesanas europeas y la universidad libre de los hijos de familia. ¡Qué horror si una bomba destruyese el santuario!

Paris, batuta en mano, dirige el concierto europeo: ¿por qué razón le quitan la batuta?

La capital del mundo tiene derecho á que los pueblos doblen la rodilla ante el prusiano, pidiéndole la conservación de la Siberia moderna.

Sí; tiene derecho.

Ninguna capital tan hospitalaria para los caudales que se refugian en su seno, ó para las ideas disolventes



MR. THIERS.

### ECOS.

—¡Profanación! ¡Profanación! gritó un poeta; y aquella terrible palabra rueda aún de boca en boca y de periódico en periódico.

—¡Han entrado los bálanos en la catedral de Strasburgo!

—Todavía no.

—¿Se trata del asalto de Roma?

—El caso es aún más grave.

—Explíquese Vd.

—¿No leyó Vd. la alocución de Víctor Hugo á los alemanes? Pues bien, el sacrilegio se consuma: París está berceado, los obuses prusianos abren la

que surgen de los países atrasados sus cocineros dan de comer á medio mundo; sus modistas crean la artificiosa hermosura de casi todas las damas europeas: si en un pueblo no se sabe peinar, envía una legión de peluqueros: París da el patron de los vestidos y la forma de todos los zapatos.

París da á luz las ideas que otros conciben, engalanándolas con coquetería y presentándolas al mundo como nuevas.

Si París pareciese, ni aún sabrían los europeos con qué cubrirse la cabeza y si adoptar el casco prusiano, el gorro frigio ó el turbante.

Si París pareciese, no tendría el inglés extravagante una sociedad flexible donde satisfacer á peso de oro todos sus caprichos: ni la mujer extraviada un mundo coqueton y alegre que la abriese sus brazos y sus arcas: ni el vicio un templo; ni la obscenidad cultura y adelanto.

Si París pareciese, no habría quien pusiera en ridículo lo sublime y se perdería el arte de convertir en bello lo deforme. El cuerpo humano carecería de un protector que vele por sus comodidades, por su hermosura, por el dulce bienestar de los sentidos.

Detente, rey Guillermo: cada bomba de tus baterías hundirá un almacén de modas, ó el camarín de una loreta, ó destruirá la edificación de un almanaque: si derribas á París, el día de mañana no tendrás ni una pastilla perfumada de jabón para afeitarte.

La ruina de París sería para España una gran pérdida.

Urge la formación de un cuerpo de voluntarios que ayuden á defender sus intereses.

Los traductores de folletines, los sastres que visten según las modas de París, los calvos que habían encargado caballo á los especialistas parisienses, los generales que estudian en Francia los adelantos militares, los políticos que se inspiran en los periódicos de París, los arquitectos que imitan las construcciones de nuestros vecinos, los escritores que enriquecen el castellano con giros y palabras francesas, los padres que envían á sus hijos á los colegios de Francia, las empresas que buscan sus ingenieros y directores más allá del Pirineo, en fin, casi todos los españoles estamos en obligación de defender aquel foco de luz, de instrucción y de enseñanza.

De lo contrario, si Francia nos quita todo lo que la debemos, volveremos á quedar en el estado salvaje: es decir, en la ridícula posición de aquellos brigantes, que sin armas, ni zapatos, ni alimentos, defendieron su territorio palmo á palmo.

España, la atrasada, bebe á grandes tragos en París la civilización y el progreso.

Francia, la civilizada, quiere traducir al francés la defensa de los españoles en Gerona y Zaragoza, como recurso supremo.

Salvejes llamaban los franceses á los que se defendían en aquellas dos heroicas ciudades...

El fin de la civilización ¡será tal vez el estado salvaje!

Si al menos concluyeran los hombres por vivir tranquilamente entre las selvas...

Indudablemente, Francia es en la actualidad un pueblo hospitalario: los viajeros recorren el país con entera confianza; los hombres célebres son recibidos cordialmente; los artistas obtienen ovaciones y los ejércitos enemigos se pasean por todas partes sin que nadie los molestase.

No me explico el afán con que en las calles de París y de otras poblaciones, buscan prusianos los franceses reuniendo cerca los campamentos enemigos.

Aquellos patriotas me causan el mismo efecto que el un pescador de caña, estando próximo el río, se pusiese á pescar en la tinaja.

Según el telegrafo, se han oído dentro de París muchos disparos de fusilería.

Si el hecho es cierto, los defensores de París son malos aritméticos.

En vez de multiplicarse ante el peligro se dividen.

Muchas veces, mirando al mar, he compadecido á los peces, que fragan constantemente el agua en que se disuelven tantos cuerpos repugnantes, y los individuos de su especie cuando mueren y en que se han de disolver ellos mismos.

No reflexionaba entonces que los hombres respiramos con ligeras modificaciones el mismo aire que salió de los pulmones del enfermo, la misma atmósfera en que se esparcen los gases más nocivos como los más gratos perfumes.

La naturaleza, que es tan rica, ha debido dar á cada hombre una cantidad suficiente de aire para que la respire él sólo.

O el hombre, que se ha repartido todo lo que hay sobre la tierra, ha debido repartirse también el aire respirable.

Ló que es la costumbre: tenemos escrúpulo de beber en el vaso donde ha bebido otro, y respiramos con placer el mismo aire que respira.

En cambio llega una epidemia, como sucede en Barcelona, y los habitantes de la ciudad no se atreven á abrir la boca, temiendo que esté infecto el aire más puro y saludable.

Y los que viven en poblaciones sanas, suelen no permitir á los barceloneses fugitivos que respiren en su atmósfera.

Es tan natural esta oposición como la que haríamos á cualquiera que intentase llenar de arsénico los depósitos del Lozoya.

Por eso me explico el que en algunas partes se trate de ahogar las epidemias con cordones sanitarios.

Pero lo que no me explico, después de leer las diversas opiniones de los médicos, es la naturaleza de la fiebre amarilla: en cambio la ciencia nos la explica de muchos modos diferentes.

Si el mal pierde su fuerza en las alturas, hay un medio muy fácil de evitar las defunciones.

Colocar á los enfermos en un globo.

Algunos exploradores aseguran que en las inmediaciones del Hospital general, al pié del cerrillo en que nuestros antepasados desnudaban á cada instante sus espadas para que no permaneciesen doncellas, y no lejos del Botánico en cuyas estufas descansan de su largo viaje, hace años, los objetos traídos por la comisión científica del Pacífico, han colocado sus tiendas algunos muerdenderos.

Por la época en que esto sucede, por la venerable antigüedad de los muebles que se exponen al público, por los canastos de melocotones y acerolas, por el desasosiego de algunos muchachos de la villa, por tradición y por otras varias conjeturas, he supuesto que se debe estar celebrando en estos días una especie de conmemoración fúnebre de las extinguidas ferias madrileñas.

Hoy la feria en Madrid es ridícula y absurda.

Los ferro-carriils han surtido los mercados; la movilidad de la población hace anular diariamente almohedas de muebles; los niños en Madrid en vez de jugar al trompo ó á los bolos, juegan al monte, al billar y al siete y medio; las interioridades del hogar que se exponían en la plaza todos los años antiguamente, hoy salen á luz diariamente en los periódicos, y los recuerdos del pasado que buscaban los madrileños revolviendo trastos viejos, no tienen hoy valor para los que vivimos sólo el día.

La feria de Madrid pasa desapercibida para todos, y sólo la recuerdan *El Diario de Años* y algunos almanques.

Ni las nubes se han acordado de que existe.

Respetemos, como ellas, á los muertos.

Ha fallecido en Londres un individuo de la sociedad protectora de los animales, que entre los méritos contraídos durante su vida, se vanagloriaba de haber muerto un desafío á un alemán que maltrataba á un perro.

Deje una fuerte suma para la construcción de un cementerio de caballos.

Si la obra se lleva á cabo, no tardarán los ingleses en ver epítafios de este género:

*Relámpago*, hijo de Alcides, ganó dos premios: murió en el campo del honor.

Aquí yace Dorotea: tenía cuatro duros sobre la marcha; falleció de muerte.

Si la sociedad y sus miembros no vuelven en sí, hemos de ver con el tiempo manicomios para perros, universidades para barros, y casas de salud en que se cure la pepita.

J. ZEPÉ.

## CARTA DE STRAUSS Á REXAN.

David Federico Strauss, el célebre autor de la *Vida de Jesús*, ha dirigido á Ernesto Renan, autor también de otra *Vida de Jesús*, una notable carta, que ha causado profunda sensación en Alemania.

Reproducimos hoy este interesante documento, y en el próximo número publicaremos la contestación del libre pensador francés. La carta de David Federico Strauss dice así:

Muy honorable señor:

«La benévola acogida que dispensasteis á mi libro sobre Voltaire, de la cual es un testimonio bien elocuente vuestra carta de 30 de julio, me ha tranquilizado respecto al éxito de tal empresa. Ese libro fué favorablemente recibido en Alemania durante las pocas semanas que mediaron entre su aparición y el principio de la guerra; pero yo no había olvidado, antes ni después, cuán difícil parece que los extranjeros sean justos con un escritor de otra nación, sobre todo cuando ese escritor vive en nuestra misma época. Debo confesar, por lo tanto, que no esperaba sin alguna inquietud el juicio que mi obra mereciera en la patria de Voltaire á los críticos sábios, y no tengo reparo en declarar que hoy me hallo ya completamente tranquilo respecto de este punto. Mi libro ha obtenido vuestra aprobación: el elogio que os habeis dignado hacer de él era lo único que yo ambicionaba.

Pero ¿quién puede saborear detenidamente una obra literaria, y sobre todo un libro basado en las relaciones pacíficas de la humanidad, precisamente cuando dos naciones, las que más debían contribuir al sostenimiento de la paz, se han puesto un arma una contra otra?

Sin duda estais en lo cierto al decir que la guerra actual debe causar profunda pena á todos cuantos se esfuerzan por estender las relaciones intelectuales entre Francia y Alemania; indudablemente deploráis con justicia que en lugar de la armonía, tan necesaria á los pueblos para la obra de la civilización, surjan y se pongan á la órden del día el odio, las iniquidades y las pasiones violentas; tenéis razón al declarar que los amigos de la verdad y los mantenedores de todo principio justo debían preservarse del *patriotismo parcial*, que extravía el corazón y empuja el ánimo.

Esperabais, según me decís, que la guerra hubiera podido conjurarse. Esta ha sido también la esperanza de nosotros los alemanes, desde que en 1876 comenzaron á circular rumores belicosos; y sin embargo, teníamos por inevitable el conflicto entre Francia y Alemania. Este sentimiento era tan vivo ó tan dominante aquí, que frecuentemente se apostrofaba á Prusia porque no *arreglaba inmediatamente las cuentas con Francia*, aprovechando cualquiera ocasión ó pretexto, como por ejemplo, la cuestión del Luxemburgo. No quiere decir esto que deseáramos la guerra; pero conocíamos bastante á los franceses para tener el triste convencimiento de que ellos la querían. La lucha de los siete años fué también una consecuencia de las dos guerras de Silesia en tiempos del gran Federico. En la resistencia en el fondo de su corazón, pero satisfecho intimamente convencido de que María Teresa la quería, de que no se daría un momento de reposo hasta encontrar aliados que la ayudaran en tal empresa. Los soberanos, lo mismo que los pueblos, no renuncian fácilmente y sin pena una supremacía tradicional, y sólo dejan de luchar por conservarla el día en que resueltamente se la arrebató un poder incontrastable. Así aconteció entonces en Austria; así ocurre actualmente en vuestra nación.

Francia, desde la época de Richelieu y Luis XIV, acostumbraba desempeñar el papel más importante en Europa, y Napoleón I mantuvo sus pretensiones. Esta supremacía se fundaba en una fuerte organización político-militar, y más aún en la literatura clásica que se había creado en los siglos XVII y XVIII, mediante la cual su idioma y su civilización alcanzaron una gran preponderancia europea. Conviene advertir, empero, que la primera condición de esta hegemonía francesa era la debilidad de Alemania, empobrecida, disgregada, sin medios de acción, frente á frente de Francia, unida, centralizada, pronta á toda clase de movimientos. Pero hay una época ó un día crítico para cada pueblo, y las naciones vigorosas se libran menos que las débiles de este ley de la humanidad. Alemania había tenido su hora en el siglo XVI, época de la Reforma; más tarde pagó bien caro su progreso: lo pagó con los desastres de la guerra de treinta años, que la sumió en la impotencia política y en una verdadera decadencia intelectual. Sin embargo, su papel no había concluido aún, y el pueblo alemán se

reconcentró y se puso á trabajar silenciosamente. Comenzó creándose una literatura, y pronto apareció una brillante pléyade de poetas y filósofos, que ciertamente no tienen nada que temer de una comparación con los clásicos franceses de los siglos XVII y XVIII. Si en materias de gusto, de delicadeza y de cultura social; si en claridad y elegancia nuestros publicistas no han igualado siempre á los de Francia, son superiores por la profundidad del discurso y por la sinceridad de los sentimientos. La idea de la *humanidad*, el desarrollo armónico de la naturaleza humana en la vida general como en la vida íntima del individuo, han sido brillantemente expuestos por la literatura alemana en el último tercio del siglo XVIII y principios del XIX.

Alemania había obtenido una legítima supremacía intelectual en Europa, mientras Francia continuaba ejerciendo su influencia política, que Inglaterra le disputaba vivamente. El florecimiento literario alemán no podía ser estéril: el vuelo intelectual debía suceder la actividad política. En la época de Napoleón I, Alemania fue quien más padeció á causa de la preponderancia francesa. Sacudió el yugo en las guerras de la independencia, en 1813 y 1814; pero el origen de nuestra impotencia, ó sea la falta de unidad política, no había desaparecido entonces. El imperio alemán fué por espacio de mucho tiempo una sombra que se desvaneció insensiblemente y espontáneamente. Solo formaba un conjunto de Estados grandes y pequeños, independencias entre sí, pero esta independencia más aparente que positiva, era, sin embargo, bastante eficaz para imposibilitar toda acción vigorosa del conjunto. La Dieta, que debía representar nuestra unidad, sólo revelaba su existencia cuando se trataba de oponer obstáculos á la acción liberal en varios Estados; que si Francia se sentía nuevamente tentada á engrosarse á nuestra costa, no éramos nosotros, sino Rusia e Inglaterra, quienes podían salir al encuentro. Bien se comprendía esto en Alemania; bien lo comprendían cuantos sobrescribieron á las guerras de la independencia; bien lo comprendía la juventud, educada entre himnos y discursos nacionales inspirados por las guerras. Los esfuerzos militares de esta época tenían algo de cándidos, algo de precativos y románticos. La idea alemana sólo vivía en estado de fantasma, errante, como la sombra del viejo emperador. Las inquietudes que á las potencias cercaban entonces las asociaciones de estudiantes, demuestran la estrechez y el extravío de las conciencias.

La revolución francesa de julio, ó mejor dicho, la tempestad que levantó esa revolución, no pasó junto á nosotros sin purificar la atmósfera, pero tampoco vino en pos de ella ningún progreso esencial. Se preocupaba demasiado de lo que acontecía en el extranjero, y yo tengo para mí que cada pueblo debe, ante todo y sobre todo, pensar en sí mismo, mirar á su alrededor, estudiar su propio temperamento y su propia historia. En las Cámaras de nuestros pequeños Estados ha habido alguna actividad, y se ha dejado comprender más de un talento político, pero la pequeña del teatro quita siempre los principales efectos y encantos de la perspectiva. Prusia y Austria permanecían refractarias, permitase la palabra, al régimen constitucional; se daban la mano para sofocarle de común acuerdo, y esos pequeños Estados creían hacer un acto de patriotismo resistiendo á la Dieta, que era, por otro lado, el único resto, bien pobre ciertamente, de la unidad alemana. Andando el tiempo, parecía ya imposible disimular que los mejores discursos pronunciados en las Cámaras de aquellos, no producían resultado alguno práctico mientras los gobiernos de estos Estados se apoyaron directamente en la Dieta ó indirectamente en el poder de Austria y Prusia absolutistas. Surgió la idea de que el pueblo estuviera representado en la Dieta; un progreso importante, más ó menos incompleto, se realizó en Prusia, mediante la reunión de un Parlamento *Stände*; pero otro choque procedente de Francia—la revolución de febrero—interrumpió el desenvolvimiento de Alemania. Estas contradicciones que nos traían las agitaciones francesas, sólo debían perjudicarnos mientras permaneciéramos en un estado de debilidad relativa; á medida que cobrábamos fuerzas se hacían más palpables las ventajas de este cambio de nuestra situación; y el último acto del gobierno francés—el de julio de 1870—que, según la intención del imperio, debería sernos fatal, ha sido sin duda alguna precursor ó mensajero feliz de las consecuencias más dichosas que podíamos imaginarnos. La revolución francesa de febrero se hizo sentir en Alemania precisamente cuando los diversos Estados de ella, alccionados por amargos desengaños, comenzaban á comprender cuán estériles son todas las tentativas *ad hoc* en favor de la prosperidad y libertad de la nación; y de aquí nació robustamente el primer deseo ó la primer

aspiración *en masse*. Esta idea tuvo también por primera vez su órgano político en el Parlamento alemán, producto de las elecciones generales de 1848, obra revestida de una autoridad, que, por ser popular, era bastante fuerte, bastante poderosa y bastante grande para prescindir de ciertas formas reglamentarias, de ciertos principios doctrinarios. Mientras que, desde 1820 á 1830, la idea unitaria había triunfado en las asociaciones escolares, alguien hubiera podido decir, con razón sobrada, que en 1848, y después de 1848, esta idea la habían transmitido los estudiantes á sus maestros.

En resumidas cuentas: la cuestión teórica se estudió y se debatió muy concienzudamente, pero en realidad sin ningún resultado práctico; se perdió un tiempo precioso comprobando el derecho abstracto, discutiendo párrafos, capítulos y títulos de una Constitución, hasta que poco á poco fué creyéndose que el edificio ideal de la *nueva Alemania* se había derrumbado como un castillo de naipes.

En esta altura etérea se ofreció la corona imperial á un príncipe que todos, hasta las personas más ilusas, consideraron incapaz de soportarla. Las tentativas que él hizo para conseguir una parte de lo que se le había prometido se frustraron más fácilmente que los esfuerzos del pueblo alemán para reconstituirse. En estas luchas había podido reconocerse que la rivalidad austro-prusiana era la causa del mal que padecía Alemania. Mientras prevaleció la influencia de Metternich, Prusia se arrastraba en pos de Austria, y llegó á considerarse que en este estado de cosas se basaban el orden y la seguridad. Cuántos esfuerzos serios hacia aquella por tener una política propia le parecían innovaciones censurables á estotra; y así, todo cuanto quería ó intentaba la primera tocante al desenvolvimiento de Alemania, comenzando por el Zollverein, todo fué combatido públicamente y secretamente por la segunda. Alemania quedó desde entonces en la situación de un caruaje que, con dos caballos igualmente poderosos, uno atrás y otro adelante, permanece siempre en el mismo sitio, por más que aquellos se esfuerzan. Sin embargo, cada época produce sus hombres, en los cuales se notan caracteres especiales cuando se les coloca en una situación determinada. El conde de Bismarck se encontraba sin duda alguna en ese caso, y la Dieta de Francofort, á la cual fué como representante de Prusia, era el mejor sitio para estudiar y comprender las miserias de Alemania. Aquí tuvo principio la arrogancia prusiana; aquí nació el juramento de vengar en Austria las ofensas que ella había inferido á su país; pero el conde Bismarck comprendía perfectamente que levantando á Prusia reanimaba la Alemania entera. Las cuestiones del Schleswig-Holstein aconsejaron poner los dos caballos del caruaje uno al par del otro, para que éste, en lugar de permanecer inmóvil, adelantara; pero tan pronto como el objeto se hubo alanzado los cocheros se separaron. Ahora se trata de desenganchar el caballo temerariamente amarrado á la zaga, y conseguido esto, el carro podrá marchar sin obstáculo.

Hay en la vida de los pueblos, como en la de los hombres, ocasiones en las cuales el resultado tras el cual se camina llega á obtenerse bajo una forma inesperada, que nosotros no nos acertamos á explicar, que recibimos quizás con disgusto y con rabia, y eso aconteció precisamente cuando se produjo la guerra austro-prusiana de 1866. Esta guerra nos traía á los alemanes los resultados que por espacio de tanto tiempo habíamos deseado; pero esos resultados no venían en la forma que habíamos establecido, y de aquí que una parte bastante considerable del pueblo alemán se resistiera á aceptarles. Habíamos querido inaugurar nuestra unidad en nombre de la *idea*, mediante el voto nacional, por el pensamiento de los más grandes hombres, y he aquí que la fuerza de las cosas nos abrió el camino con el hierro y la sangre. Nosotros habíamos querido, porque nadie dificulta el ensayo de la idea pura, habíamos querido reunir todos los individuos de la familia alemana en un sólo imperio, y lo cierto es que, para acomodarnos á las condiciones de la realidad, debíamos, no sólo á los alemanes de Austria, sino á los de los Estados del Sur, excluidos de la Alemania nueva. Ha sido menester que corra el tiempo para que el idealismo alemán y—dígamoslo sin reparo—para que la tenacidad alemana se

reconcilien con los hechos consumados; pero el empuje de estos hechos y la razón superior que los habla ocasionado tenían una fuerza irresistible, y en muy poco tiempo se propagó satisfactoria y decisivamente la inteligencia de nuestros verdaderos intereses.

La actitud de Francia en los últimos acontecimientos ha contribuido mucho á abrir los ojos de los hombres más obcecados. Francia había *dejado hacer*, esperando sacar partido de las divisiones interiores de Alemania, y cuando vió fallidos sus cálculos pensó en ocultar el despecho que le atormentaba. Desde entonces sabemos ya á que atenernos los alemanes; desde entonces pudimos juzgar exactamente nuestra situación política, llevando á ella la luz que nos daban las apreciaciones francesas. Al ver el semblante adusto que Francia ponía á Prusia y á la Confederación del Norte; al ver cómo quería captarse las simpatías de los Estados del Sur, nosotros comprendimos que la causa alemana y la prusiana eran una misma cosa, y que la alianza secesionista del Sur nos exponía á grandes males.

Cualquiera gestión de Prusia, no sólo para atraer los Estados del Sur ó la Confederación, sino para tener vigiladas sus puertas, era sospechoso y antipático en Francia: hasta los asuntos exteños á la política internacional, como, por ejemplo, la subvención del camino de San Gotardo, producía allí un estúpido guerrero. Francia, después de la caída de Napoleón I, ha cambiado tres veces de constitución, y Alemania no la ha hecho ni ha pensado hacerla objeciones con tal motivo, porque Alemania reconoce sinceramente en sus vecinos el derecho de arreglar los asuntos domésticos como mejor les plazca, como les aconseje su conveniencia y hasta su capricho. Lo que hemos hecho los alemanes desde 1867 y después de 1870, significa por ventura otra cosa? Los reparos que hacemos en un edificio notoriamente inhabitable, las paredes que levantáramos, las maderas que amontonáramos, los muros que realicáramos, ¿esorbaba nada de esto á la casa del vecino? Pero nuestro edificio, reconstruido así, prometía ser suntuoso y bello; el vecino quería poseer la mejor y más alta de todas las casas de la calle; sólomente la nuestra podía reunir tales condiciones; era menester, por lo tanto, negarnos el permiso de edificar. El vecino debía conservar también el privilegio de apropiarse algunas habitaciones de ella para unirlas á la suya cuando le pareciera oportuno, como lo había hecho ya en muchas ocasiones; y sin embargo, nosotros, al proyectar la restauración del antiguo hogar, no soñamos siquiera exigir la devolución de esas habitaciones que el vecino había usurpado en diferentes épocas; nosotros habíamos renunciado á ellas, considerando prescrito el negocio; ahora, cuando el vecino suscita la cuestión de dominio, le salen al encuentro justas y legítimas aspiraciones.

Francia no quiere renunciar su preponderancia sobre Europa; pero suponiendo que tenga derecho á esa supremacía, nosotros no podemos concederle el de intervenir en nuestros asuntos particulares. ¿En qué se funda, ya que de este particular hablamos, semejante pretensión? Por la ilustración y cultura del pueblo, Alemania está, cuando menos y hace mucho tiempo, al nivel de Francia; los representantes más autorizados de la literatura francesa reconocen que nosotros no tenemos nada que pedirles respecto de este punto; en cuanto á otra clase de cultura, que civiliza y moraliza á la vez, nos envidian los mejores ciudadanos de Francia. Rechazando el protestantismo, Francia aumentó quizás su influencia política, pero no puede desconocerse que atentó gravemente contra sus intereses morales y espirituales. En fin, tocante á capacidad política, si alguna vez hemos estado detrás de los franceses, hoy marchamos al par de ellos, si es que no les aventajamos. La revolución de 1789 parecía haberlos colocado delante de nosotros; les debemos la ruptura de muchas cadenas que, sin ellos, habríamos tardado más tiempo en sacar; pero lo que se les podido ver después en Francia no era ciertamente para inspirarnos confianza. Los gobiernos templados parecen que no pueden existir allí sin ser combatidos y derrumbados estrepitosamente, sin caer en la anarquía lo mismo que en el desporismo. La monarquía constitucional, en cuya constitución veo yo la forma de gobierno más aceptable para Europa, salvo muy pocas excepciones, ¿se atregerá alguna vez entre los franceses? He aquí lo que vos dudáis en vuestro excelente escrito referente á este asunto; he aquí lo que vos desearis tanto como repugnáis creer.

Tengo yo necesidad de decirlo, muy honorable señor, que no desconozco las buenas cualidades de la nación francesa, y que voy en ella un miembro esencial é indispensable de la familia europea. No, ciertamente; pero los pueblos, como los individuos, tienen defectos que están en su propia índole, y de algunos siglos acá Fran-

\* Strauss alude sin duda al Parlamento de Francofort, que en 1848 quiso restablecer el Imperio alemán, proponiendo la corona imperial á Federico Guillermo IV de Prusia, hermano del actual rey Guillermo. Federico IV rechazó los ofrecimientos del Parlamento de Francofort, y las tentativas de que Strauss habla des pues deben referirse á las pretensiones de supremacía que, independientemente de la dignidad imperial, tuvieron aque-

cia y Alemania han recibido una educación muy diferente, o más bien de todo punto opuesta. Nosotros, en la dura escuela de la desgracia y del dolor, en la cual vuestros compatriotas han desempeñado el papel de maestros y de pedagogos poco indulgentes; nosotros, alocucionados a fuerza de enseñanzas tristes, hemos llegado a conocer los defectos capitales y hereditarios que nos abrumaban, hemos comprendido nuestros desvarios, hemos notado nuestra escasa actividad, hemos reconocido los males que lleva consigo toda falta de union, hemos creído averiguar cuáles son los obstáculos que se oponen a la prosperidad nacional; nos hemos reconcentrado, apercibiéndonos para la lucha, y después hemos luchado contra nuestros defectos, procurando colocarnos cada vez en situación más libre y desembarazada. Los defectos de Francia han sido, en cambio, mantenidos y aumentados por sus soberanos; se han visto favorecidos por acontecimientos prósperos, sin que la desgracia les haya hecho desaparecer. Las pretensiones de esplendor y de gloria; el deseo de brillar por empresas aventureras, no que por el trabajo y la tranquilidad; la aspiración arrogante de marchar al frente de la civilización, poniendo a las demás naciones en tortura; estas estravagancias, inherentes al carácter francés, como los otros defectos a que me he referido son propios de la naturaleza germánica, las han alimentado con igual solitud lo mismo Luis XIV que los dos Napoleones. La gloria que, según uno de vuestros ministros, es la primera palabra del idioma francés, representa



MR. FICHET, MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

para mí una de las más perniciosas condiciones, y Francia será muy envidia si por algún tiempo la borra de su diccionario. ¿No ha sido siempre el *baobab de oro* el único objeto de su culto, el *Moloch* a quien ha sacrificado y sacrifica aún millares de hijos, el juego fátuo que ha alejado a los hombres del campo del trabajo y de la prosperidad, para conducirlos al desierto y frecuentemente al abismo? Mientras los anteriores soberanos de Francia, y Napoleón I más que otro alguno, se dejaban seducir por este demonio nacional hasta el punto de emprender con *sinceridad* guerras a todas luces injustas, Napoleón III ha soliviantado sin cesar las pasiones nacionales, ha excitado imprudentemente el immoderado deseo de gloria y de conquistas, con el propósito deliberado y astuto de poner la patria al servicio de su ambición y de su egoísmo, para hacerla olvidar de paso la decadencia moral y política en que realmente se hallaba.

Estos manejos y estas malas artes trajeron la guerra de Crimea contra Rusia y la de Italia contra Austria; en Méjico le dieron un *jaque-mate* muy significativo: frente a frente de Prusia ha dejado pasar la ocasión para el oportuno. A principios de este año llegó a creerse que pensaba formalmente en un cambio de vida, aceptando reformas interiores en sentido liberal; después del plebiscito ya pudo comprenderse que Napoleón continuaría siendo lo que siempre había sido: desde entonces Alemania temía y esperaba cualquier cosa de él.

Quiso impedir la realización de nuestra unidad, y hoy estamos en



DEPÓSITO DE LOS EFECTOS REGALADOS PARA LOS HOSPITALES DE SANGRE DEL EJÉRCITO ALEMÁN.

posesión de ella: el arrogante cartel de desafío, dirigido al rey Guillermo, fué recogido y devuelto, lo mismo por el último habitante de Brandeburgo, que por los reyes y duques del Sur del Mein. El espíritu de 1813 y 1814 ha recorrido toda la Alemania como un viento tempestuoso, y nuestras primeras victorias se han considerado aquí como prenda del poder que tienen los pueblos cuando combaten en nombre de la libertad y del derecho. Nosotros no aspiramos más que á la igualdad de las naciones europeas y á la seguridad de Alemania, imposible mientras un vecino inquieto y caprichoso venga á turbar la tranquilidad de nuestro trabajo y á esterilizar el fruto de nuestra actividad. Para evitar esto hemos pedido fianzas valederas, y hasta que no las obtengamos no cesarán nuestras inquietudes ni desaparecerán los peligros para Francia, ni ésta podrá prestar atención á consejos que, como los vuestros, la señalan el buen camino, el camino del trabajo y de la formalidad. Me he extendido mucho más de lo que pensaba, y quizás habré estado poco conveniente; pero la situación política alemana se presenta como velada entre nubes en el extranjero, y para hacer la luz es menester mirar las cosas á cierta altura. Acaso os parecerá también extraño que yo os dirija estas líneas por conducto de un periódico. En tiempos menos agitados habría solicitado previamente vuestro consentimiento para publicarlas; pero ahora, siendo las circunstancias tan críticas y tan agitadas, mientras mi petición llegaba á vuestro poder y mientras yo recibía vues-



MR. J. FAURE, MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE LA REPUBLICA FRANCESA.

tra contestación, probablemente habría desaparecido la oportunidad de darlas á la estampa. Veo, además, algún provecho público en que dos hombrs, pertenecientes á dos naciones rivales, independientes entre sí y extraños á todo espíritu de partido, examinen franca y desapasionadamente las causas y los efectos de la presente guerra; y esto quiere decir también que mis palabras no llenarían completamente su verdadero objeto, si dejárais de contestarlas con una exposición análoga de vuestras ideas, ajustada al punto de vista que os parezca conveniente.

Y ahora, muy honorable señor, recibid la seguridad de mis respetuosos sentimientos, y conservadme, entre el tumulto de la guerra, vuestra amistosa simpatía.

D. F. STRAUSS.

Korsbach, lago de Constance, agosto de 1870.

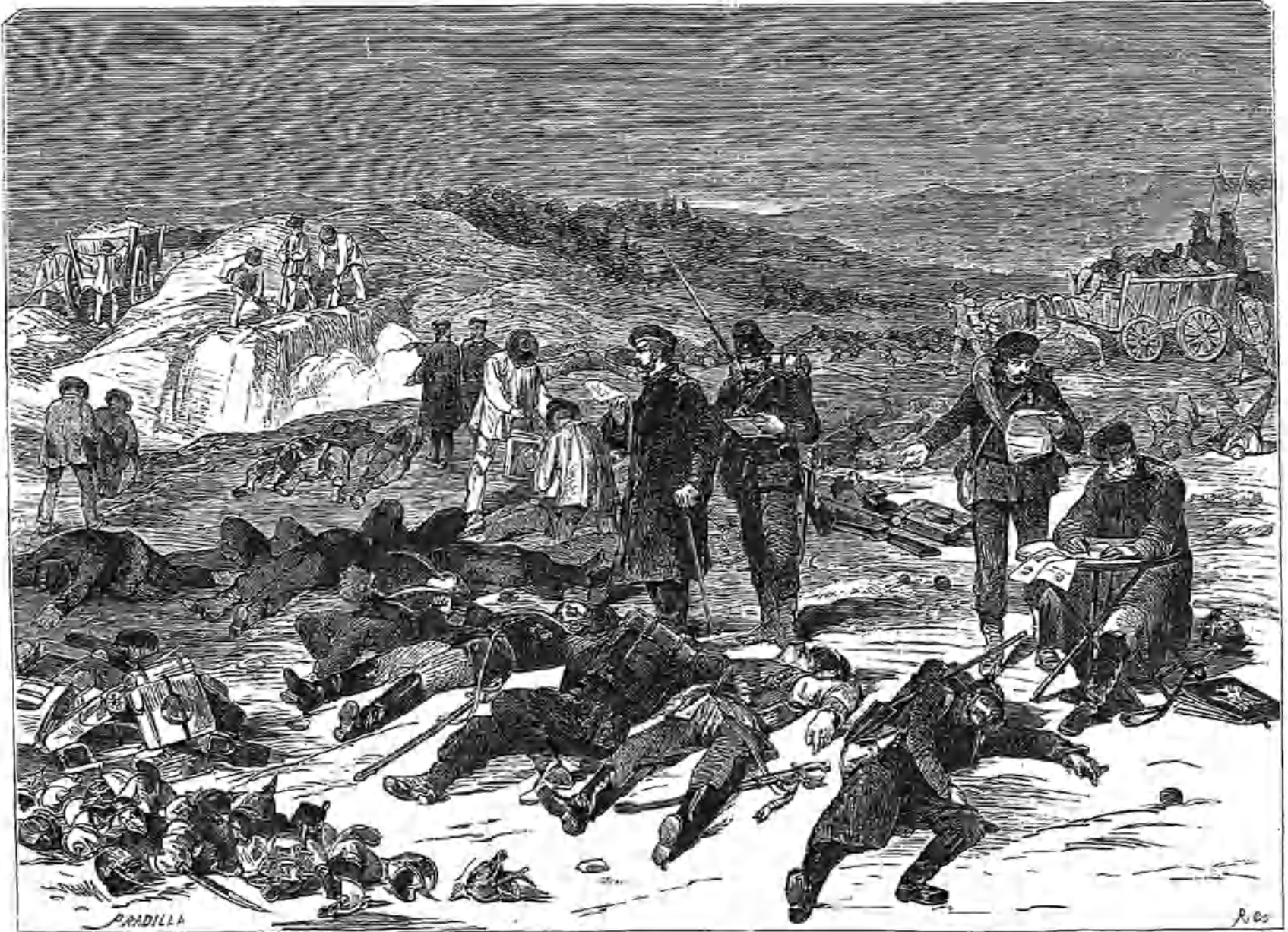
REVISTA

MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

(Conclusión.)

III.

En tanto que la Comisión de Monumentos de Leon realiza estos trabajos, conveniente será que fijemos nuestras miradas en la famosa Itálica, cuyo celebrado Anfiteatro ha sido en los últimos años objeto de la predilección de la Comisión de Sevilla, de la Diputación provincial, de la Academia de la Historia y aun del Go-



ENTERRAMIENTO DE LOS CADÁVERES ALEMANES DESPUES DE LA BATALLA DE SEDAN.

hierno, habiendo producido muy satisfactorios resultados las excavaciones en su recinto practicadas. Habiéndose descubierto antes de ahora una buena parte del edificio que ilustró, en muy erudita memoria, dada a luz por la Academia prescrita, su individuo correspondiente, y director de las excavaciones D. Demetrio de los Rios. — Hoy, extraídos unos 13.000 metros cúbicos de tierra, que formaban sobre la arena del anfiteatro un volumen de 4 á 5 metros de espesor, es ya posible apreciar la magnitud y suntuosidad de aquel monumento, uno de los mayores levantados por el poder romano en toda la extensión de su Imperio, completando y aun rectificando como es racional, el indicado estudio.

Como efecto de estas excavaciones, cuyo plan había sido aprobado por la Academia de la Historia, háase franqueado, en efecto, las grandes bóvedas cardinales, que restaban por descubrir, háase limpiado las del NO. y NE. que se hallaban del todo macizadas por la tierra y escombros, háase rebajado en fin hasta su natural pavimento la del SE., única que sea de antiguo practicable. Los paramentos de todas estas bóvedas y de los muros que las reciben, han aparecido en el mismo estado en que los sorprendieron las inundaciones sucesivas de agua, tierra y arena, mostrándose varios trozos casi intactos, bien que extraídos de otros violentamente los sillares que los revestían en épocas posteriores, se hallan del todo destruidos. Es la construcción harto regular y bien trabada; las bóvedas de hormigón, sólida en general, aunque en algunas partes ha cedido á la acción del tiempo y de las aguas. Para dar luz á estos grandes departamentos han sido abiertos, con buen consejo, en los extremos exteriores, pudiendo ya ser visitados, á excepción de las dos bóvedas del Norte, sin el auxilio de hachones encendidos. Desagüadas por último algunas bóvedas ménos importantes, y desecadas en su totalidad las del podio y otras sus inmediatas, puede asegurarse ya que el Anfiteatro itálico, llamado por Rodrigo Caro y Pedro de Quirós, ha sido al fin casi totalmente explorado.

Su nuevo examen ha dado también motivo á resolver las dudas que sobre algunos puntos de su construcción se abrigan. El aumento de la Memoria publicada por la Academia de la Historia, suponía, por ejemplo, que el muro foral continuaba, según habían sospechar sus conocidos vestigios del EO., al tenor de lo que enseña el sistema universal de este linaje de construcciones. Su hipótesis necesitaba sin embargo sólida confirmación, y obtenida para este especial estudio la venta de la Comisión provincial de Monumentos, fijó muy principalmente sus miradas en la resolución de aquel problema. Una ancha zanja, coñida al costado Sur del Anfiteatro, mostróle en breve la deseada evidencia. La tierra allí extraída era arenilla pura, fuera de la línea externa del muro, y éste se elevaba en línea recta desde el cimiento á la mayor altura que allí ofrecía el edificio, superando la zóbraba de las próximas colinas; el referido muro lo era, pues, simplemente, y sólo en los extremos EO. apraecla el verdadero foral coronado de arcada, y ostentaba las avenidas de cerramiento, propias para el servicio y fin útil del edificio.

Y no son estas sólo las ventajas que las últimas excavaciones, hechas en el Anfiteatro de Itálica han producido, para el estudio arqueológico de aquel monumento. Al limpiarse la arena en la forma indicada, se descubrieron efectivamente, formando como una calle, en el sentido del eje mayor de la elipse, que describe la planta del Anfiteatro, ciertos muros de piedra. Dicha calle es bastante ancha y la construcción de los muros harto sólida; en su promedio, que corresponde al centro de la arena, hácese un espacio cuadrado muy capaz, atravesado de muros, paralelos á la mencionada calle. ¿Qué uso tuvo esta construcción respecto del anfiteatro?... Considerando que los cimientos de los indicados muros son de fábrica de ladrillo y de no escasa profundidad, es evidente que no tenían una aplicación insignificante ni pasajera; y como no es dudoso que los anfiteatros, así como los árcos, demás de los certámenes curul y equitres, gimnico ó atlético, se aplicaban también, no ya sólo á las pugnas pedestres (pugnas pedestres) sino á las venaiciones, los simulacros marítimos y las representaciones escénicas, con otros juegos análogos, tampoco cabe dudar que la indicada construcción sirviera para alguno de los expresados fines. ¿Determinaban los indicados muros la *spina*, característica de circos é hipódromos? ¿Tenían á sus extremos las *metas* y en sus intermedias las *obeliscos*, *arcos*, *columnas* y *estatuas*, que tan especial honra influyen á este linaje de monumentos? ¿Guardaban alguna relación con la *manubria*? ¿Se referían por último á los juegos escénicos? La respuesta es difícil y exige largo estudio. Pueden, por ejemplo, ciertas vestigios de grandes ranuras é ingresos de puerta, que

se advierten en los muros ó bóvedas referidos, excluir desde luego alguna de las indicadas aplicaciones; mas no creemos prudente, hasta verificar todas las investigaciones que el caso pide, adelantar una opinión definitiva; y esto corresponde ya de derecho á la Comisión de Monumentos de Sevilla, en cuyo seno figuran señalados arqueólogos, á quienes no disputaremos nosotros la honra de la iniciativa.

Muy digna de elogio es entretanto esta Comisión, por el celo con que ha sabido llevar á cabo los ilustrados deseos de la Academia de la Historia, y del Gobierno, para que el famosísimo Anfiteatro de Itálica «impio honor de los dioses», como le apellidaba Rodrigo Caro, sea plenamente conocido de nacionales y extranjeros. Libre ya de la tierra que lo embargaba en su principal y mayor parte, cumplió á la Comisión de Sevilla el ponerlo á cubierto de nuevas inundaciones torrenciales y el procurar fácilmente su desagüe, á fin de que no se viera de nuevo macizado por las tierras arrastradas de las inmediatas colinas. Al propósito se levantó por su acuerdo al O., un respaldo de tierra que hubiera el efecto de dique provisional, y se proyectó construir una cloaca que recogiese las aguas, echándolas fuera del edificio. A punto ya de utilizar estas obras, ha visto la celosa Comisión sevillana agotado el presupuesto de que disponía, siendo esto tanto más de sentir, cuanto que sólo faltaba ya para encauzar las aguas hasta meterlas en dicha cloaca la excavación de una zanja de no grandes dimensiones. De desear es por tanto que el ministerio de Fomento acuda á poner digno remate á su obra, facilitando á dicha Comisión la insignificante suma necesaria al expresado efecto.

No terminaremos estas indicaciones respecto del Anfiteatro itálico, sin advertir que, en contra de lo que generalmente se espera, no han arrojado estas excavaciones gran número de objetos arqueológicos. De los que realmente lo merezcan, daremos especial noticia en otra revista, procurado ilustrarlos con oportunos grabados, así como lo haremos también en su día respecto de las más notables antigüedades que encierra el Museo arqueológico sevillano.

## IV.

Hechos mencionado ya diferentes veces el de Tarragona. Enriquecido con los objetos que há tiempo se extraen de las excavaciones hechas en lo que se llama en dicha ciudad *Cantera del Puerto*, damos su celoso conservador noticia, entre otros utensilios pertenecientes á la antigüedad clásica, de dos molinos allí encontrados, los cuales despiertan el más vivo interés, por revelarnos una parte de las costumbres domésticas, íntimamente ligadas con la vida interior en aquella edad lejana. Es el primero una *mola brachiata* ó *asiaria*, mientras se reduce el segundo á otra *mola trusastis* ó *masuraria*; hallóse aquel en las ruinas de una panadería (*coquina panifica*) situada en la referida Cantera del Puerto; encontróse éste en el interior de una casa romana, lo cual sucede allí con frecuencia. Ambos nos dan á conocer perfectamente el mecanismo empleado en la antigüedad para moler el trigo, y ambos merecen en consecuencia llamar por breves instantes la atención de nuestros lectores.

Muy semejante á otros de igual clase, extraídos de entre la lava de Pompeya, compónese la *mola brachiata* de dos solas piezas; la base ó *mola* y el *catillus*. Son ambas de piedra porosa, aunque dura, y tal vez de formación volcánica. La base mide 1,50 en su parte inferior y ofrece la figura de un cono truncado, con 0,57 de altura. — Del centro de este basamento sale la *meta*, que constituye en rigor una de las muelas, afectando asimismo la forma cónica. — Es el *catillus* la unión de dos conos por su vértice, ahuecados interiormente á manera de embudos; su parte inferior se adapta perfectamente á la *meta*, y la superior hace oficio de tolva para recoger el trigo que debía molerse. «La *meta* de los molinos hallados en Pompeya (observa el Sr. Sanahuja al remitirnos el diseño, cuyo grabado acompaña) tenía en su vértice un pivote de hierro; en el *catillus* el agujero, que dejaba la unión de los dos conos ó embudos, era bastante estrecho y lo cubría enteramente una plancha de hierro sólidamente fijada con cinco agujeros; en el «del centro entraba el pivote de la *meta* y sobre este «quicio ó eje giraba el *catillus* con facilidad. El molino «de Tarragona, prosigue, difiere en esto de los de Pompeya: el agujero que deja la unión de los dos embudos es muy grande y no ha existido allí pieza alguna de «hierro, sino que la *meta* sobresalía mucho del agujero ó abertura; naturalmente el roce sería mayor y por «tanto mayor la fuerza necesaria para moverlo. En la «parte central exterior del *catillus* y en los costados «opuestos (observa por último el Sr. Sanahuja) hay dos

«prominencias dejadas al propósito en la misma piedra, «una especie de dados, con una oquedad cuadrada en «cada uno, en donde se adaptaba el extremo de una palanqueta, la que sujetaba una clavija, según se muestra «tra en la figura adjunta.»

Dada esta disposición, no es difícil comprender el uso de esta *mola*. A cada una de dichas palanquetas ó manubrios poníase un esclavo, y empujando ámbos en el mismo sentido, dábase movimiento al *catillus*, de donde tomaba nombre de *brachiatis* todo el molino; á veces empleábase con dicho fin un jumento, y entonces era designado con el de *mola asiaria*. En el *catillus* de la tarraconense se ven grabados profundamente los caracteres *MOAN*, donde sospecha el conservador de aquel Museo que puede leerse el nombre, ya del dueño, ya del fabricante del molino; *AVT MOAN*. En la base de la *mola* hay también cuatro signos de gran tamaño en esta forma: «¿Qué significan?... El Sr. Hernández Sanahuja indica que no forman dición; nosotros los juzgamos iniciales, si bien no concebimos fácil empresa el descifrarlas. ¿Dirán acaso: *tu es panis bonus*, aludiendo á la harina que arrojaba la muela?»

Difiere forma y dimensiones de la *mola trusastis* ó *masuraria* grandemente de las que ofrece la ya descrita, como persuade el adjunto diseño. Compónese, no obstante, de dos muelas; en la inferior ó base levemente cónica (Fig. 1.ª), y la superior ó *catillus*, se halla también levemente ahuecada por ambas caras (Fig. 2.ª). Adaptanse exactamente una á otra, y en el centro del *catillus* hácese un foramen circular, harto capaz, por donde debía tener entrada el trigo destinado á la molienda. Atravesábase una plancha de hierro taladrada, la cual se revolvía alrededor de un pivote de lo mismo, sujeto en la base ó muela inferior (Fig. 3.ª). En los costados del *catillus* se ofrecen dos agujeros de no gruesa profundidad, destinados á recibir los manubrios ó palanquetas, y en la parte superior hácese otros dos menores para las clavijas que sujetaban aquellas (Fig. 4.ª). El Sr. Sanahuja ha extremado su amabilidad, remitiéndonos no sólo los diseños de estos molinos que van indicados, sino también su conjunto, tal como nos advierte la Fig. 5.ª de las relativas á la *mola masuraria*.

A la verdad no son en general estos utensilios tan desconocidos que no hayan llamado ántes de ahora la atención de muy doctos arqueólogos. Las variantes que ofrecen, al ser comparados con los descubiertos en otras provincias romanas, la utilidad que prestaban á la familia, tal como ésta se hallaba organizada bajo la República y el Imperio, y el vituperable desden con que este linaje de monumentos han sido vistos de ordinario en nuestro suelo, nos han movido á darles lugar preferente en nuestras revistas, agradeciendo por extremo al conservador del Museo tarraconense la fineza de sus diseños. Cuando, apartando nuestras miradas de la grandezza militar de Roma, que ha deslumbrado con frecuencia á los historiadores y á los pueblos modernos, la fijamos en las costumbres privadas de aquellas sociedad, para comprender su vida interior, es sin duda de incalculable utilidad el estudio de los monumentos que las revelan ó interpretan, y bajo este punto de vista los dos molinos que acabamos de describir, tienen un valor extraordinario, figurando, con provecho de la ciencia arqueológica, entre los más notables descubrimientos de la antigüedad clásica.

## V.

Pertenecientes á otro pueblo y á otra edad harto distinta, azebun de aparecer en las inmediaciones de la Coruña algunos monumentos dignos asimismo de estudio. Son dos sepulcros de piedra con inscripciones hebraicas, que vienen á confirmar las observaciones que expusimos al tratar de las antigüedades relativas al pueblo de Israel en nuestra España. Ha remitido sus diseños el diligente académico corresponsal de la Historia, D. Ramon Barros Sivalo, á quien ya conocemos nuestros lectores; presentan la forma de estabud; tienen las indicadas inscripciones en la periferia de la tapa, y todo persuade en ellos que no van más allá del siglo xix. Su mayor importancia consiste en darnos á conocer la existencia en el suelo gallego de la población mosaica en una época en que escasean grandemente, respecto de aquella comarca, los documentos históricos de otro género relativos al pueblo judío.

## VI.

La Real Academia de la Historia ha celebrado, al poner término á las tareas del pasado año académico, la junta pública anual que disponen sus estatutos, para solemnizar el aniversario de su fundación. Ordenan aquellos que esto se verifique, «honrando la memoria de un per-

sonaje histórico español, con la lectura y publicación de un elogio digno de su fama, y esta vez ha cabido la honra de pagar este tributo, en nombre de Corporación tan ilustre, al Sr. D. Fermín Caballero, su individuo de número. El personaje histórico elegido al propósito ha sido este año el doctor Alonso Díaz Montalvo, gran jurisconsulto del siglo XV y uno de los más claros ornamentos del reinado de los Reyes Católicos: su elogio aparece sembrado de muy curiosos pormenores relativos a la localidad en que vivió el doctor, punto de la predilección especial del Sr. Caballero, y en este concepto es trabajo digno de estimar.

De mayor importancia para nuestro intento de ahora fué la lectura de la *Noticia de las actas de la Academia* debida al secretario, el Sr. D. Pedro Sabau. Aunque más parco y sóbrio que de costumbre, efecto sin duda de la enfermedad de que todavía convalece, dió no obstante á conocer al público el Sr. Sabau las principales tareas en que se ha ocupado durante el año último la Academia, y demas de sus trabajos especiales de sus individuos numerarios dispuestos ya para la imprenta, mencionó los más notables informes y consultas elevadas al Gobierno, ya por iniciativa de la Academia, ya en obediencia de órdenes superiores. De importantes calificó, y con razón, los trabajos relativos al Anfiteatro de Itálica, que han producido ya el efecto arriba consignado, y los concernientes á las antigüedades de Mérida, Numancia, Chelva, Uxama, Augustobriga, Lancia y otras ciudades y despoblados notables. Y no de otra manera consideró también los informes, que califican y quilatan el mérito histórico y artístico, ya de la Cartuja de Miraflores, de San Pedro de Cardena y de Santo Domingo de Silos, ya de los monasterios de San Millán de Suso y de Yuso, del convento de Santo Tomás de Avila, depositario del magnífico sepulcro del malogrado príncipe D. Juan, y de la Cripta de Leyre, enterramiento de los reyes de Navarra; ora de los monasterios de San Juan de la Peña, de Monte-Aragon y de Sigüenza, monumentos todos de la monarquía aragonesa; ora, en fin, del castillo de los Guzmanes, torreón de Guzman el Bueno, en Tarifa, teatro de la heroicidad castellana, y de otros muchos sitios y monumentos históricos en toda la Península.

A esta interesante exposicion debida á la *Noticia de las actas* acompaña, con excelente aviso, notabilísimos apéndices, que no sólo completan la idea general de los trabajos académicos, considerados bajo el punto de vista especial en que nosotros estamos colocados, sino que la dan muy cumplida de las muchas y preciosas adquisiciones que así para su archivo como para su biblioteca y su gabinete de antigüedades ha hecho en el breve período que abarca la *Noticia*, la Real Academia de la Historia. Por ello, por el celo jamás desmentido, que en union con la de San Fernando, despliega para salvar de la ruina los monumentos nacionales, por el respeto que ha sabido inspirar hácia sus justas reclamaciones en las esferas del Gobierno, que ha oído siempre propicio la opinión de la Academia, según declara su digno secretario, es ésta altamente merecedora del universal aprecio y desinteresado aplauso de los españoles, á cuya instrucción y gloria consagra sus vigilias, como lo es tambien del respeto de los extranjeros, de quienes recibe frecuentes inyecciones de consideracion la más distinguida. La *Noticia de las actas de la Academia de la Historia* es finalmente la más clara y eficaz confirmación de cuanto llevamos expuesto en estas revistas, por lo que toca á su instituto. Cercano está el día en que la de San Fernando celebre su junta pública inaugural del año académico de 1870 en 1871, y al verificarlo ofrecerá al mundo artístico inequívoco testimonio de su infatigable celo en bien de las glorias patrias, confirmando así cuanto en el particular dejamos expuesto.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

## EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

(Continuación.)

### CAPÍTULO XIX.

EL PLAZO.

—¡Está durmiendo!

—Déjmosle descansar: hace mucho tiempo que apenas cierra los ojos.

—Cada vez que le veo dormir, tanto que no despierte.

—¡Pobre señor! Cuánto ha envejecido en pocos meses.

—Sabina, pronto nos quedaremos solas en el mundo; ya no hay vida en ese cuerpo.

—Pero su cabeza está muy firme: habla como un joven.

—Eso es lo que me alarma: vive lleno de deseos irrealizables; se entusiasma ante un caballo fogoso; apenas se le oye hablar y se empuja en cantar al piano las piezas más difíciles; no aparta su vista de las mujeres hermosas; quiere vestir como los jóvenes, y á medida que la vejez se apodera de su cuerpo, cada vez se resigna menos á ser viejo. Esa lucha le mata: he sorprendido en sus ojos deseos de llorar algunos días en que sus fuerzas no podían seguir al pensamiento.

—¡Qué diferente de Vd.!

—Es verdad: nada deseo, nada espero.

—Al contrario: Vd. desea, y espera, y disimula.

—Creeme que le he olvidado.

—Y hace Vd. bien; pero la juventud está llena de esperanzas: sólo hay un mal incurable, el de D. Braulio.

—¡Déjmosle dormir!

—Silencio, no despierte.

Y Adela y Sabina salieron pausadamente de la alcoba, dejando á Luciano recostado en su butaca en frente de la ventana. La clara luna de febrero iluminaba su rostro: la campana de un reloj daba las doce.

Cuando despertó sonaba en la vecindad la música de un baile: á los cadenciosos compases de la orquesta los miembros de Luciano se estremecieron de placer, pero cuando su razón se abrió paso entre las nieblas del sueño, exhaló un triste suspiro y corrió hácia la ventana, fijando con avidez los ojos en un gran edificio profusamente iluminado.

Después alzó la vista al cielo en el que centelleaban innumerables astros, al parecer inmóviles, y cuyos fulgores brillantes ó desvanecidos por la distancia producían esa claridad triste de las noches de invierno.

—Es la misma luna que brillaba hace un año sobre las estatuas del Museo, la misma bajo cuya traidora influencia abandoné mi cuerpo buscando absurdas sensaciones y confundí mi vida en otra vida: pensó Luciano amargamente.

Entretanto la música del baile continuaba: á través de los cristales del salón se veía cruzar á las alegres parejas llenas de pasión, de juventud y de galas; en la calle descendían de los carruajes mujeres envueltas en magníficos abrigos, y cuyo calzado de raso se perdía al momento en los dibujos de una alfombra. Un joven se acercó á la portezuela de un coche blasonado y tomó un abrigo que le presentaban: ¿era un lacayo? Su traje no parecía indicarlo, pero lo hacían sospechar sus actitudes. La vizcondesa era la señora: Teodoro el que la servía humildemente.

Luciano los vió pasar, y vió balanceándose en los brazos de otro joven á Clotilde, con el rostro encendido por la agitacion del baile y el calor de las luces: ante aquel espectáculo animado y triste á la par, al verla de brazos en la ventana viejo y solitario, separado de aquel centro brillante adonde le llamaban sus pasiones, inclinó la cabeza con dolor y apretó sus arrugados párpados, procurando inútilmente sacar de ellos una lágrima.

La música seguía entretanto y Clotilde cruzaba envuelta en su blanco y vaporoso vestido, cada vez más sonriente, más hermosa, más aérea.

—¡Basta, basta, salgamos de dudas: ha llegado el plazo, no es posible que mi juventud se anule y mi alma estallo de este cuerpo miserable cuyas sienes no pueden resistir los lamentos de mi espíritu! Voy en busca de mi nombre, de mi vida, de mí mismo.

Y tomando su abrigo abrió la puerta, y por un esfuerzo vital increíble en aquel anciano, salió á la calle deprisa, erguido y con el aspecto extraviado del loco.

Cuando llegó junto á la estatua de Cervantes, la plazoleta estaba desierta, y sólo un pobre ó un borracho tendido en la acera dormía ante la verja del jardínillo.

Esperó algunos minutos é invocó temblando al espíritu; pero los minutos volaban, el reloj daba cuartos de hora y nadie aparecía.

—¡Miserable! Me ha engañado, dijo Luciano con voz desesperada.

Y sus pies tropezaron en el infeliz durmiente en que apenas había reparado.

El desconocido se esperezó, levantándose como sorprendido.

Luciano quedó frío: era el diablo.

—No te esperaba; pero estaba cumpliendo mi palabra de acudir á la cita y entreteniéndome al mismo tiempo en infringir un bando de policía: es preciso dar ejemplo.

La voz ligeramente irónica y el lenguaje frívolo del demonio indignaron á Luciano, que dijo con acento firme.

—He venido á que me devuelvas mi cuerpo.

El diablo hizo un ademán de asombro.

—¡Hablas seriamente?

—¡Puedes dudarlo? ¿O te niegas á cumplir el compromiso?

—De ningún modo.

—¿Estás decidido?

—Sí.

—Pues súbete en mis hombros.

Y el diablo trasportó por los aires á Luciano como Asmodeo á D. Cleofías.

—¿Á dónde me llevas?

—Al cementerio.

—Detente.

—Ya hemos llegado.

En efecto, estaban en una de las galerías del camposanto de Atocha, delante de un nicho en que Luciano leyó su propio nombre.

Ambos temblaban: algo de santo, de terrible, de misterioso habia en aquel lugar, cuando el mismo diablo se alteraba.

—¿Está aquí el alma de D. Braulio? dijo Luciano lleno de horror.

—No: aquí están los restos de tu cuerpo.

—¿Pues quién es este espíritu cuyo aliento frío siento en el rostro?

—Es el aire de la noche; pero decidete pronto y no pierdas el tiempo: ¿quieres ver tu cuerpo?

—A eso he venido.

El diablo separó la losa, alzó la caja é iluminando el fondo de la bóveda, mostró á Luciano un esqueleto.

—He aquí tu cuerpo en el estado á que te has reducido. ¿Quieres que venga á tomar posesion del suyo el alma de D. Braulio, mientras introduzco tu espíritu en ese monton de huesos?

Luciano, horrorizado, apartó su vista del nicho.

—Haces bien, añadió el diablo: tu novia te recibiría peor si te presentases á ella de ese modo que si la hablaras con los labios de D. Braulio.

—Me has engañado.

—No lo creas: tú mismo te engañaste; sólo he sido instrumento de tus deseos. Por lo demas, veo que empiezas á comprender el valor del cuerpo que posees, puesto que no te determinas á abandonarlo.

—No hay remedio, exclamó Luciano con angustia; rebotando juventud moriré de viejo.

Y en un esfuerzo supremo de dolor pudo arrancar á sus ojos una lágrima, ó después, vencido por su flaca naturaleza y dominado por el desaliento, cayó al suelo sin sentido.

Parecía un cadáver durmiendo entre los suyos.

—¡Torpe! dijo el diablo contemplándole atentamente. ¿Se ha evitado treinta ó cuarenta años de vida, y en vez de estar satisfecho llora como un niño!

## CAPÍTULO XX.

### CONCLUSION.

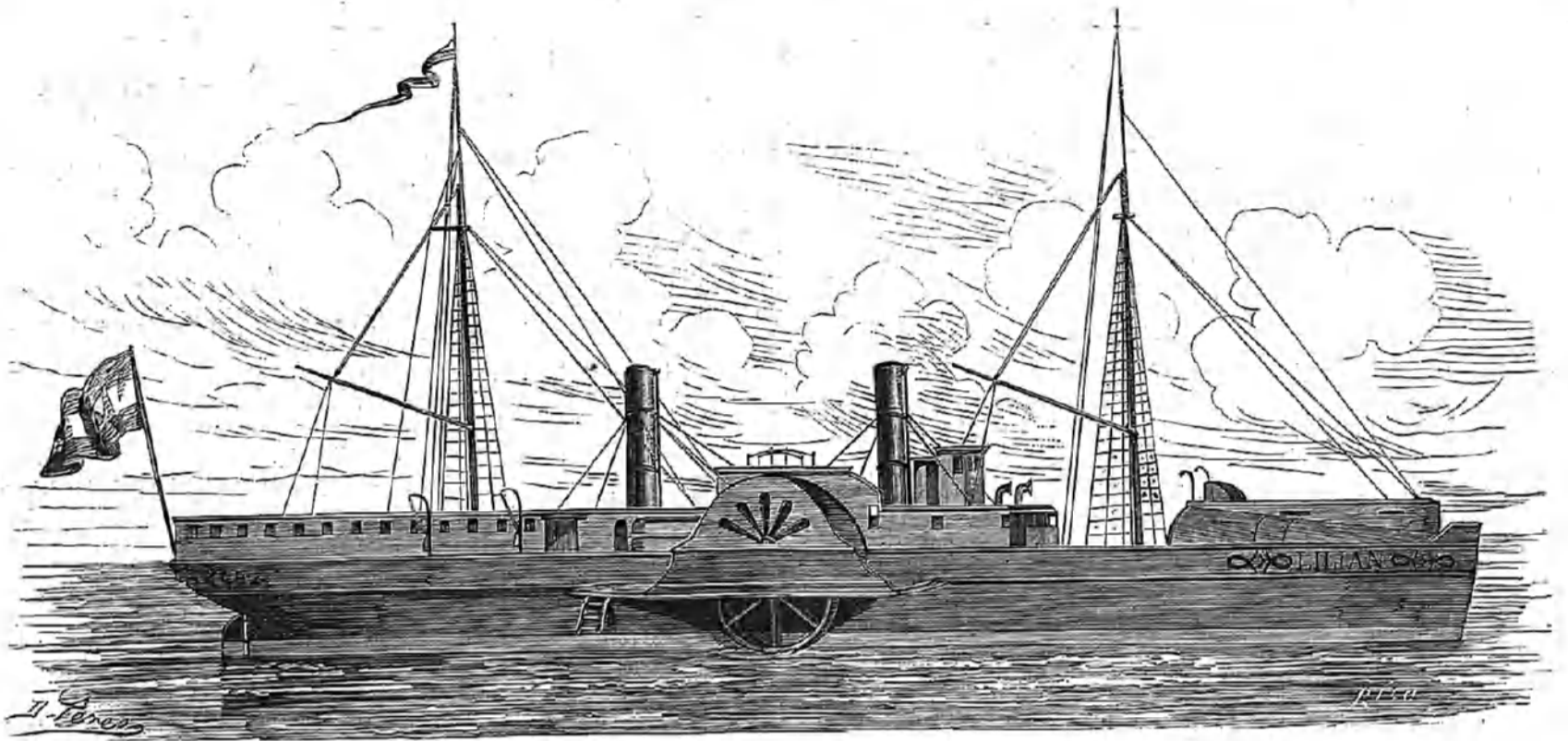
El frío de la noche hizo volver en sí á Luciano.

—¡Desgraciado! dijo sollozando al darse cuenta de su situacion miserable, si, soy el más desgraciado de los hombres.

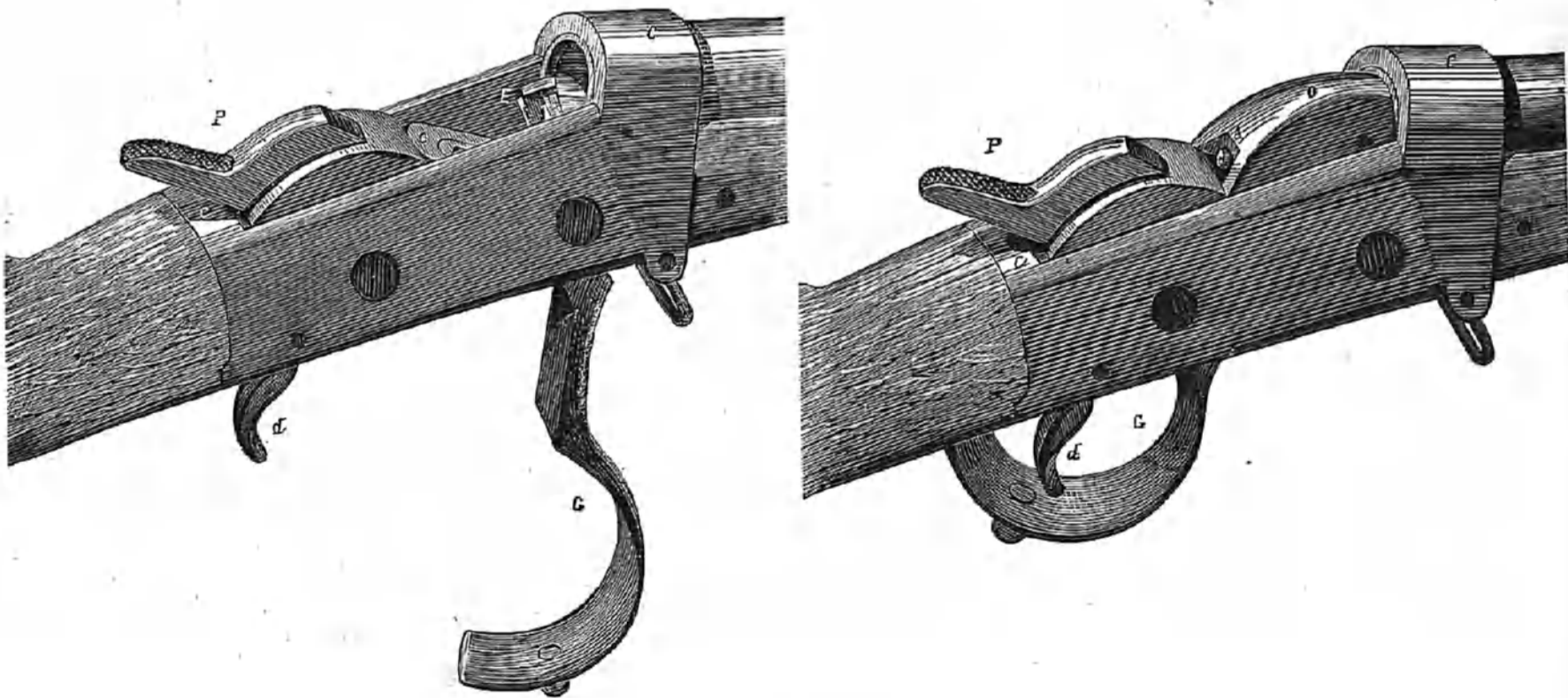
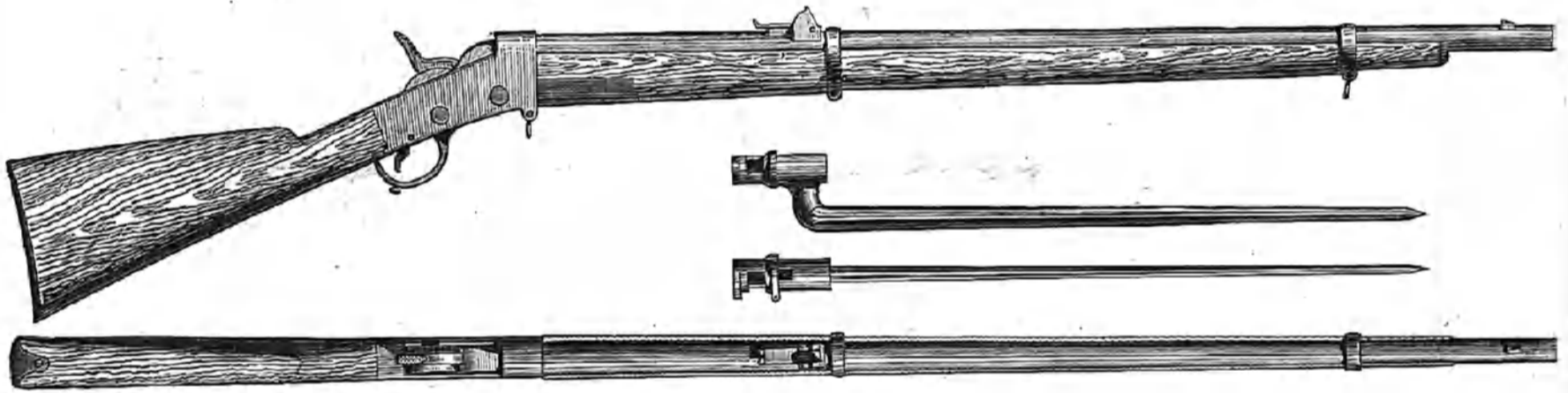
—Ven conmigo y te convenceré de lo contrario, repuso el diablo alzándole en los brazos, y trasportándole por los aires á la cúpula de un templo.

Luciano fijó su vista en la poblacion, buscando inútilmente una explicacion á las palabras del espíritu. Sólo veía tejados en declive, bosques de chimeneas, muchos campanarios, algunos balcones iluminados por espléndidas arañas ó por cuatro hachas de cera que alumbraban á un cadáver; calles desiertas y calles llenas aún de movimiento; cafés lujosos en el centro de la villa y soledad y tinieblas en los barrios más distantes; transeúntes que se retiraban envueltos en sus capas; infelices que dormían entre los escombros de una obra, vigilantes nocturnos, grupos ocultos en la sombra y amantes furtivos deslizándose por algunas puertas y ventanas. Y sólo oía el golpear de los aldabones, ruidos de monedas, músicas lejanas, campanadas de reloj, ayes de enfermos, canciones de borrachos, rodar de carruajes y el silbido alarmante del sereno. Pero aquel espectáculo y aquellos rumores carecían de vida para el conjunto enorme de la capital, cuya quietud excedía al movimiento y cuyo silencio se sobreponía á los rumores.

—Nada veo que tenga relacion conmigo ó me interese, dijo Luciano: hombres que duermen, el vicio que vela; este cuadro es el mismo de siempre.

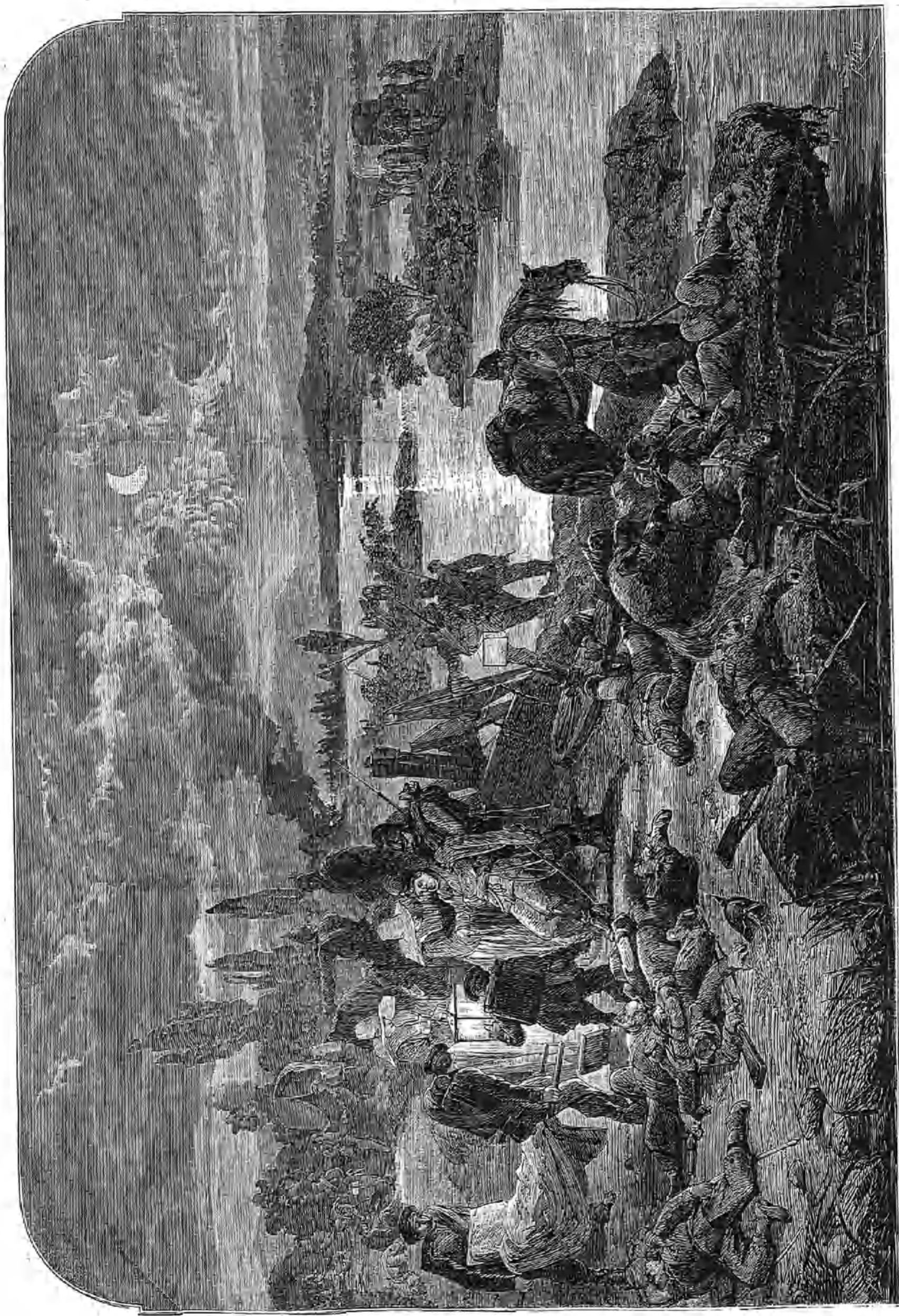


«EL LILLAN,» VAPOR DE GUERRA DE LA MARINA ESPAÑOLA.



CARABINA NUÑEZ DE CASTRO.





GUERRA DE FRANCIA Y PRUSIA.—ASPECTO DEL MOSELA DESPUES DE LA BATALLA DEL 30.

—Quiero hacer en tu obsequio lo mismo que Asmodeo hizo por otro en el siglo XVII.

—Déjame, no estoy para ocuparme de los demás; necesito estar solo, quiero reposo; déjame en paz, espíritu maléfico.

—Te quejas porque eres joven y vives en el cuerpo de un viejo; pues bien, hoy la mayor parte de los hombres viven fuera de sí, en un estado que no les pertenece. Al proponer el pacto no obrabas espontáneamente, sino que obedecías como máquina á las influencias humanas que te rodeaban, á la corriente invisible de las ideas. Mira aquel hombre que duerme en un lecho dorado, bajo cortinas de encaje y terciopelo; heredero de un nombre ilustre, adula á los que se burlan de los blasones y apoya á la aristocracia del tumulto contra la aristocracia de los reyes: es un alma de lacayo en el cuerpo de un señor.

Allí tienes un ciudadano que funda sociedades cooperativas con los ahorros del obrero para emanciparle de los fabricantes; pero en realidad con el objeto de alzarse con los fondos. Es un ladrón que ha encarnado en el cuerpo de un filántropo.

Repara en esa dama, sentada en su escritorio y rodeada de cuartillas, mientras su esposo mece la cuna de sus hijos. Es un alma varonil en una rolliza mole femenina.

Aquel es un orador que ensaya un discurso conmovedor, patético, lleno de fuego, de convicción y de ternura. Es un alma fría, obligada á fingir pasiones, sentimientos y arrobos.

Contempla aquel zapatero que desde la ventana de su boardilla mira con rencor el palacio vecino, y exaltado por un artículo de periódico, siente la necesidad de igualarse con los ricos. Es el alma de un pobre á quien han quitado la resignación sin darle nada en cambio.

Observa ahora al dueño del palacio: hizo su capital con la economía y la usura, luego un gran matrimonio y negocios en alta escala; su posición le obliga á gastos suntuosos que le atormentan. Es un avaro precisado á tirar á manos llenas su fortuna.

Allí puedes ver á un miembro de la Sociedad Bíblica de Londres pagado para propagar sus doctrinas. Es un escéptico bajo la apariencia de un pastor evangélico.

Fíjate en aquella niña sonrosada que duerme tan tranquila, sueña en un matrimonio de conveniencia y apenas tiene quince años. Es el alma de un prestamista que ha tomado en el mundo la forma de los ángeles.

Ese que se levanta desparado de su lecho es un incrédulo á quien asustan por la noche los chasquidos de los muebles, desde que asistió á una sesión espiritista. Es un pobre de espíritu que hace gala de filósofo.

(Se continuará.)

## CARABINA NUÑEZ DE CASTRO.

Esta arma de guerra, de la que se ha ocupado la prensa elogiando sus excelentes condiciones, y de la cual damos un grabado en este número, es invención de un ingeniero español y construida en la fábrica Enskalduna en Plasencia (Guipúzcoa). Recientemente ha sido ensayada en la dehesa de los Carabanchelos en competencia con los cuatro mejores sistemas extranjeros y obtenido notables ventajas sobre ellos.

Ningún fusil, ni aun los repetidores, igualan su velocidad de fuego. En las pruebas practicadas en grande escala, llegaron los soldados á disparar hasta 26 tiros por minuto; y esta cifra, que no alcanzó con mucha diferencia ninguno de los sistemas extranjeros, es susceptible de elevarse hasta la fabulosa de 34 tiros por minuto, empleando una sencillísima pieza adicional que convierte el arma en fusil de tres tiempos, *desideratum* de los inventores extranjeros y que ninguno ha podido lograr hasta el presente en arma de guerra.

Segun indican los grabados, el arma es sencilla y sólida; damos dos vistas completas de la carabina, y como detalles el mecanismo abierto para introducir el cartucho en la recámara y cerrado en la posición de disparar.

Las piezas principales, son: el culatín *C*, fuerte pieza de hierro que encierra el mecanismo y á la cual se unen el cañón y la culata; en él gira sobre dos gruesos pasadores el pié de gato *P*, y el obturador *O*, que á la vez es el guardamonte *G*. Completan el mecanismo el disparador *A* gatillo *D* y el extractor *E*, pieza destinada á sacar de la recámara el cartucho metálico después del disparo.

La carga se ejecuta en cuatro tiempos: 1.º Montar el pié de gato *P*, cuyo movimiento da lugar á que se abra la recámara automáticamente y salta fuera de ella el

cartucho que sirvió. 2.º Introducir el nuevo cartucho. 3.º Cerrar la recámara colocando el guardamonte *G*, en su primitiva posición. 4.º Hacer fuego tirando del gatillo *D*.

Empleando la pieza adicional de que antes hablamos, se suprime este último movimiento, el arma queda de tres tiempos y el tiro sale al cerrar la recámara.

El cañón es de acero fundido, de 10 milímetros de calibre y rayado, con cinco estrías en hélice; la bala, que es cónica, pesa 17 gramos y la carga son seis gramos de pólvora. Estas condiciones hacen que el cartucho sea muy ligero, permitiendo así al soldado llevar gran cantidad de ellos sin molestia; cada cian cartuchos pesan 3,04 kilos, ó sean 7 libras 6 onzas. El peso de la carabina sin bayoneta es tan sólo 4,01 kilos, ó sean 9 libras escasas.

Se la adapta en la boca del cañón una bayoneta de cuatro filos de una longitud de 54 centímetros, lo que convierte la carabina en una terrible arma de asta.

La sencillez, la facilidad en su manejo y la solidez de esta arma la hacen la más recomendable y propia para el soldado, siendo muy de notar la ventaja que ofrece la combinación del mecanismo, que aunque por accidentes extraordinarios se rompieren cuatro ó cinco piezas de él, puede el soldado continuar cómodamente el fuego y hacer nueva ó diez disparos por minuto.

Nosotros felicitamos al ingeniero Nuñez de Castro por su invento y nos complacemos con todos los periódicos que se han ocupado de esta ventajosa arma de guerra, llamada á dotar á nuestro ejército del mejor fusil conocido hasta el día, en haberlo así constatado, por la doble razón de su mérito y de ser de un compatriota.

B. R.

## OBSERVACIONES SOBRE LA OBRA DEL GENERAL TROCHU,

TITULADA

EL EJÉRCITO FRANCÉS EN 1867.

### II.

Comparando la disciplina del ejército francés con la de las tropas prusianas, el general Trochu dice lo siguiente:

«Somos más bien un pueblo guerrero que un pueblo militar, pues no tenemos ni la calma de temperamento que admite la constante preocupación de exactitud y de puntualidad, ni la rigidez de costumbres y de puntualidad que disponen tan admirablemente á los pueblos del Norte á la obediencia, á la resignación delante de la regla, á la disciplina y todas las exigencias rigurosas de la profesión de las armas.

En Prusia y en Rusia un soldado obedece inmediata y silenciosamente la orden que recibe, cualquiera que sea el estado de sus convicciones y de su alma. Una observación, un gesto mal reprimido se consideraría como un exceso intolerable. Si al soldado francés le molestara una orden, la ejecuta también; pero no sin disculparla y sin demostrar su mal humor; y si se le escapa alguna observación apenas no se la da importancia; y las más de las veces lo mejor es seguir el adagio: *A lo que no se agreda hasta el infinito.*»

Respecto al ejército inglés, el general Trochu recuerda la opinión del difunto mariscal Bugeaud: «La infantería inglesa es la más temible de Europa; afortunadamente es poco numerosa.»

Refiriéndose á esta cualidad ó defecto del soldado francés, cita el general Trochu un recuerdo del mariscal Bugeaud, de la campaña de la Península, que le hace resaltar más por la comparación con la infantería inglesa:

«Tan pronto, dice, como principié el cañoneo, cogimos al toro por las astas. A distancia de unos 1.000 metros de la línea inglesa, nuestros soldados se pusieron á hablar y apretaron el paso con evidentes muestras de confusión. Los ingleses, silenciosos, con el fusil al pié, parecían una larga muralla roja, lo cual hizo á nuestras bisonas tropas bastante impresión. Disminuyó la distancia; aquellas comenzaron á gritar: «¡Viva el emperador! ¡adelante! ¡A la bayoneta!» y á agitar sus kopia en la punta de los fusiles. Hízose la marcha precipitadamente, abriéndose y desarreglándose las filas, y la agitación se convirtió en tumulto, disparando muchos sus fusiles. La línea inglesa, todavía silenciosa é inmóvil, todavía con las armas al pié, no parecía notar la tempestad, á punto de alcanzarla, aunque nos habíamos acercado á 300 metros. El contraste era sorprendente. A varios de nuestros muchachos se les ocurrió que el enemigo tardaba mucho en disparar, y que una vez roto el fuego sería más molesto.

Sentimos menos ardor. Sufrimos el influjo moral, irresistible en la guerra, de una compostura imperturbable (aunque no sea más que aparente), contrastando con nuestro desorden, producido por una sobreexcitación ruidosa.

En este momento de penosa incertidumbre, el muro inglés presentó sus armas. Una impresión indefinible clavó á muchos de nuestros hombres en el suelo, y las descargas del enemigo, hechas con perfecta unión y calma, nos hicieron caer como mieses. Retrocedimos abrumados para recobrar nuestro equilibrio, y entonces sus formidables *hurras* rompieron el silencio de nuestros adversarios: al pronunciar el tercero se nos vinieron encima, rechazándonos en desorden. A pesar de nuestro sobrecogimiento no insistieron en el ataque ni nos persiguieron más que unos 100 metros, volviéndose después á su línea para esperar una segunda embestida. Esta se hizo generalmente con refuerzos, pero con el mismo resultado y con nuevas pérdidas.»

Esta relación del mariscal Bugeaud nos prueba que el soldado francés no ha cambiado, supuesto que en muchos encuentros recientes su conducta, comparada con la de los alemanes, forma un contraste análogo al que nos refiere aquel en las palabras que dejamos copiadas.

En cuanto á la artillería, es probable que se mantenga el uso introducido por Napoleón I, de emplearla en masas, pero nunca hará más que cooperar á la acción de la infantería.

Si bien la perfección de las armas de precisión tiende á aumentar la importancia de los combates de guerrilla, tiene, sin embargo, toda su aplicación lo que Napoleón I recomendaba tanto á sus mariscales: «Tened siempre vuestras tropas disponibles para ataques vigorosos.» El resultado indeciso de muchas batallas, durante la guerra de los Estados Unidos, se atribuye por un autor competente á los prolongados *tiroteos* entre batallones opuestos, debilitándose mutuamente los adversarios, hasta el punto que ni al uno ni al otro le quedaba fuerza para hacer cargas vigorosas. El mismo autor declara haber observado que, de diez cargas á la bayoneta, hechas con paso firme y resuelto, nueve tuvieron buen éxito.

Las experiencias de la actual campaña vienen á corroborar las aserciones del escritor americano. En casi todos los encuentros las tropas alemanas tomaron á la bayoneta posiciones formidables, exponiéndose á la snallería mortífera del enemigo, completamente oculto entre sus parapetos, y más de una vez sin esperar la cooperación de la artillería. Así subía un regimiento, con el más profundo silencio, la colina escarpada de Spicheren (Forbach), apareciendo repentinamente en las trincheras, con indecible sorpresa de los franceses, muchos de los cuales estaban descansando. Los alemanes entonces hicieron una descarga, prostraron en hurra y atacaron á la bayoneta.

Por otra parte, la batalla de Solferino ofrece un ejemplo de la gran importancia del uso inteligente de la guerrilla, en unión con un ataque directo. Numerosos tiradores franceses subieron la colina de aquel pueblo, valiéndose de todos los accidentes del terreno para matar los artilleros austriacos, que defendieron la posición y contribuyeron eficazmente al éxito del ataque decisivo contra el cementerio.

Las recientes batallas han confirmado la opinión de aquellos que creen contados los días de la caballería pesada, diamantando, con los cañones rayados y los fusiles de aguja, las ocasiones que tenía de cooperar oportunamente durante la acción. La caballería será siempre inestimable para completar la derrota del enemigo, pisando su retaguardia; para interceptar sus comunicaciones; para cortar sus provisiones y para el servicio de centinelas y exploradores; pero su táctica y su equipo debe corresponder al objeto de ser el ojo y el oído del ejército.

Las batallas de Woertli y de Mar-la-Tour, nos presentan ejemplos del sacrificio inútil ó desproporcionado en luchas contra artillería y contra infantería, aunque ésta sea inferior en número. Un oficial bávaro da cuenta del siguiente encuentro: «Un batallón del regimiento 95 y algunos ingenieros del 11 batallón, armados estos últimos de fusiles de aguja, vieron llegar al trote un magnífico regimiento de coraceros. Los nuestros los creyeron bávaros, cuando á distancia de cincuenta pasos oyeron la voz de mando francesa. Nuestra posición era crítica; parecía locura oponerse á aquella masa formidable de caballería, compuesta de hombres gigantescos, que vino á cargarnos con la espada levantada, nuestros muchachos iban á volver la espalda, cuando el teniente

de Ingenieros, clavado en su sitio, exclamó: «¡Hijos míos! ¿Me dejareis aquí solo?». Inmediatamente su tropa hizo alto, la infantería formóse también á tiempo para dar todos á pocos pasos de distancia algunas descargas rápidas sobre los coraceros, cuyo regimiento fué deshecho como por un terremoto, bocado como una raya de lápiz con goma elástica. Los pocos coraceros que podían seguir la carga cayeron bajo los tiros de otras tropas. Algunos días después el doctor Russel (el famoso corresponsal del *Times*), visitando el campo de batalla, en compañía de algunos oficiales del Estado Mayor prusiano, examinó las corizas que cubrían en gran número el suelo, y no halló ni una sola perforada por las balas. En las cargas la muerte del caballo inutiliza al jinete, principalmente al coracero.

Sabido es que algunos regimientos de dragones de la guardia prusiana perdieron más de la mitad de su efectivo al cargar columnas de infantería francesa en la batalla de Mars-la-Tour, cuando la vanguardia del príncipe Federico Carlos, luchando contra un enemigo dos veces más numeroso, estaba á punto de sucumbir. Esta carga desesperada llenó el objeto, pues sostuvieron la posición hasta la llegada de refuerzos. Pero ¿quién hubieran conseguido lo mismo, con menos pérdidas, combatiendo á pié? Los inteligentes en la materia determinarán la cuestión. Sólo observaremos que los dragones debieron, como su nombre lo indica, pelear á pié y á caballo. En la guerra de los Estados- Unidos el general Sheridan terminó el sitio de Petersburg trasladando á caballo 9.000 infantes á la extrema derecha de las líneas de defensa, donde se aparearon y decidieron, por su aparición repentina, el éxito de la acción.

El general Trochu aparece muy severo en su crítica de la manera de maniobrar del ejército francés, que demuestra ser muy anticuada; pide más sencillez en los ejercicios manuales y de peloton, y más estudio de movimientos tácticos. A pesar de la reorganización del ejército en 1868, la actual campaña confirma desde el principio la exactitud de las observaciones del general Trochu, tanto más interesantes por cuanto este gran patriótico y militar distinguido, en teoría como en práctica, es hoy el jefe militar de Francia.

## LA GOLONDRINA.

Inocente avecilla,  
Que sigues con tu vuelo  
El raudal curso del vapor britano,  
Cuya cortante quilla  
Davora con aliento soberano  
Las ondas del Atlántico Oceano;  
¿Por qué abandonas las risueñas playas  
De las bellas Antillas españolas  
Cubiertas de coral y flores gayas?  
¿Por qué te lanzas con audacia suma  
Al través de las olas,  
Que te salpican con su blanca espuma?  
¿Por qué dejas la plácida ribera?  
¿No vive ya tu dulce compañera?  
Cantas y tu quejido  
Confías á los vientos,  
Tal vez por el recuerdo de tu nido.  
¡Ay! bella golondrina,  
Bien hiciste en seguir la osada nave,  
Que ni tormentas ni huracanes recela  
Y en alas del vapor á Europa vuela.  
¿No es verdad que tu vives cariñosa  
Á trancarme el tristísimo saludo  
De mis amados hijos y mi esposa?  
Ya que el rigor de mi enemiga muerte  
Me aranca de mi hogar; ya que los hombres  
Me separan de tí, dulce amor mio,  
El cielo piadoso  
Me envía esa inocente mensajera,  
Que me dice por tí: «¡Amá y espera!»  
Y la miro posarse en las antenas  
Del rápido vapor, con la alegría  
Con que después de universal diuivio  
Y de angustiosas penas,  
Contemplara Noé llegar un día  
Á su arca venturosa  
Á la blanca paloma, que en el pico  
Llevó el emblema de la paz hermosa.  
¡Si, golondrina tierna, tú has venido  
Para quitarme con tu débil canto,  
Para alentar mi corazón herido,  
Mi pobre corazón, que sufre tanto!  
Gracias, gracias, Divina Providencia,  
Pues cuando prem de dolor insano

Mi misera existencia  
Desfallece abatida por la ausencia,  
Aquí en la inmensidad del oceano,  
Tu piedad infinita,  
Que vela por el átomo que existe,  
Vuelve los ojos al viajero triste  
Que por su esposa y por sus hijos llora,  
Para enviarle desde el alto cielo  
Un rayo de consuelo,  
Una esperanza mágica y divina  
En alas de la pobre golondrina.

*Órgano Atlántico 16 de agosto de 1870, á bordo del vapor inglés Nido.*

E. SANCHEZ DE FUENTES.

## MARRUECOS.

*El honor de un padre.—Siete crímenes por amor.*

### ARTICULO V.

En uno de los números anteriores hemos prometido referir un trágico suceso acaecido en Larache.

Hélo aquí:

Una inmensa muchedumbre, comitiva de la boda de un personaje moro, esperaba en frente de la casa de este el crítico momento en que la recién casada era recibida por su esposo, en la cámara nupcial.

Las gaitas, los tambores y añafles permanecían silenciosos.

La muchedumbre, entre la cual estaba el padre de la novia, callaba también, y aunque con impaciencia, nadie temía el terrible suceso que iba á tener lugar en aquel sitio.

El numeroso gentío se agrupaba, á duras penas, en la tortuosa calle en donde estaba situada la casa del personaje moro.

Era de noche.

Algunas linternas y faroles y cuatro ó seis teas resinosas que proyectaban su luz vacilante sobre la muchedumbre, alumbraban confusamente aquella escena muda, de la cual no se escapaba ni el más leve murmullo.

Todos esperaban á que el recién casado disparase un pistolotazo á la puerta de su casa, disparo que, como hemos dicho, afirma y revalida, digamos así, el matrimonio.

Pero el pistolotazo no sonaba.

La impaciencia de los que esperaban llegó á su colmo, y el gentío comenzó á agitarse sordamente.

De pronto, la puerta de la casa, frente á la cual se agrupaban, se abrió con estrépito, y un moro de lengua barba y rostro severo apareció en el dintel, conduciendo de la mano á una mujer completamente cubierta con un jaique blanco.

«Éra el marido que rechazaba á su esposa!»

«Éra ésta, que volvía al seno de su familia con una deshonra eterna por todo porvenir!»

De entre la comitiva salió apresuradamente un anciano cuya barba blanca casi le llegaba á la cintura, y se acercó á la puerta con paso vacilante.

Este anciano era el padre de aquella infortunada mujer.

Sus ojos parecían arrojar chispas, y su nariz se dilataba á impulsos de un reconcentrado furor.

«¿Qué sucede, Sid Adderraman?» preguntó valbuciendo al recién casado.

«Sucede, respetable Mojamed, contestó éste, que tu hija es una mujer impura que ha llenado tus canas de baldón... ¡Yo te la devuelvo!»

Y al decir esto le presentó á la tapada, que prorrumpió en un sordo gemido, yendo casi á caer sobre el pecho de su padre.

Este la rechazó duramente, y la infeliz fué á dar de espaldas contra la pared de la casa de donde se la rechazaba con tanta ignominia.

«¡Siento mucho tu desgracia!» dijo Sid Adderraman, observando que por el arrugado rostro del deshonrado padre resbalaba una lágrima que fué á perderse entre las blancas hebras de su barba.

El anciano lanzó un grito; más bien un rugido como el de una fiera, y desenvainando una gambia que llevaba á la cintura, la alzó iracundo y feroz contra su hija.

La gambia es un arma terrible de dos filos, curva como un alfanje y de aguda punta: su herida casi siempre es mortal.

La muchedumbre lanzó un grito de horror.

La pobre mora implorando compasión cayó de rodillas á los piés de su padre, juntas las manos y los ojos bañados en lágrimas.

El jaique se había desprendido de su rostro, y la multitud la contemplaba con admiración.

Era una hermosa jóven, mejor dicho una niña de pelo y ojos negros, nariz perfecta y labios preciosos de encendido color.

Arrodillada, en actitud suplicante y con sus cabellos casi en desorden, estaba bellísima.

Todos experimentaron hácia ella un sentimiento de compasión, que se manifestó en un sordo murmullo.

Los más próximos al irritado padre y aun el mismo Sid Adderraman, quisieron detener su brazo armado; pero fué en vano.

El arma que blandía con furor, rápida como un rayo, cayó sobre el pecho de la jóven que vino á tierra lanzando un profundísimo gemido.

La muchedumbre al ver esto prorrumpió en un sólo grito; grito horrible que debió hallar cien ecos dolorosos en el corazón de Mojamed.

«Éra padre al fin!»

Contempló un momento, como asombrándose de lo que acababa de hacer, el cuerpo inanimado de su hija, y después, arrojando la gambia, huyó precipitadamente por en medio de la multitud, que le abrió calle con un respeto mezclado de terror.

La mora estaba muerta.

El acero de su padre le había traspasado el corazón.

La justicia de Marruecos no castiga esta clase de crímenes y nadie pensó en prender á Mojamed, á más que éste se hallaba ya libre de la justicia humana.

Se había vuelto loco.

Después se supo que su hija había sido forzada á casarse con Sid Adderraman, al cual no amaba, al cual no podía dar la preferencia sobre un arrogante jóven de Mazagan, con el cual estaba en íntimas relaciones.

Parece ser también que este jóven penetraba en la casa de Mojamed durante la noche, escalando el muro de un huerto y metiéndose por una celosía que abría una esclava negra, la cual reveló todos estos pormenores.

Drama tan sangriento no disminuyó en lo más mínimo el aprecio con que Sid Adderraman era mirado, y todos aprobaron su conducta al rechazar á la desgraciada jóven, indigna de ser esposa suya.

Todos los pueblos tienen sus costumbres especiales, sus ideas más ó menos exageradas acerca del honor, y en Berbería no se le perdona á la mujer ni el más pequeño desliz.

Otro lamentable suceso tuvo lugar también en Larache, por aquel tiempo.

Cierta mora rica y buen mozo vivía en compañía de tres mujeres propias y dos esclavas, de las cuales una era negra.

Esta, cuyas ardientes pasiones africanas había desarrollado un amor sin límites hácia su señor, estaba celosa de las demás mujeres y sobre todo de una que era la favorita.

Llegó un día en que aquellos celos se desbordaron, y entonces la idea de un crimen horrible empezó á posesionarse de su alma.

En Berbería se vende públicamente el arsénico en considerables cantidades, pues las mujeres se sirven de él para blanquear el cutis.

La esclava adquirió una buena cantidad de este activo veneno, y aprovechando la ocasión en que su señor estaba ausente de Larache, lo echó en la comida destinada á toda la familia.

«El resultado fué horrible!»

Todos comenzaron á experimentar grandes dolores, retorciéndose como serpientes heridas, y la negra, que también había tomado una pequeña parte de la comida para no inspirar sospecha, puso el grito en el cielo quejándose de fuertes dolores de estómago.

Cuando el moro llegó á su casa, ésta parecía un cementerio.

Sus tres mujeres propias, una esclava, dos criados y hasta un inocente niño, hijo suyo, yacían sin vida: sólo existía la esclava negra, la cual se hallaba enferma.

Loco de desesperación el moro, no pensó en los primeros momentos en averiguar la causa de aquella inmensa catástrofe que había aniquilado toda su familia.

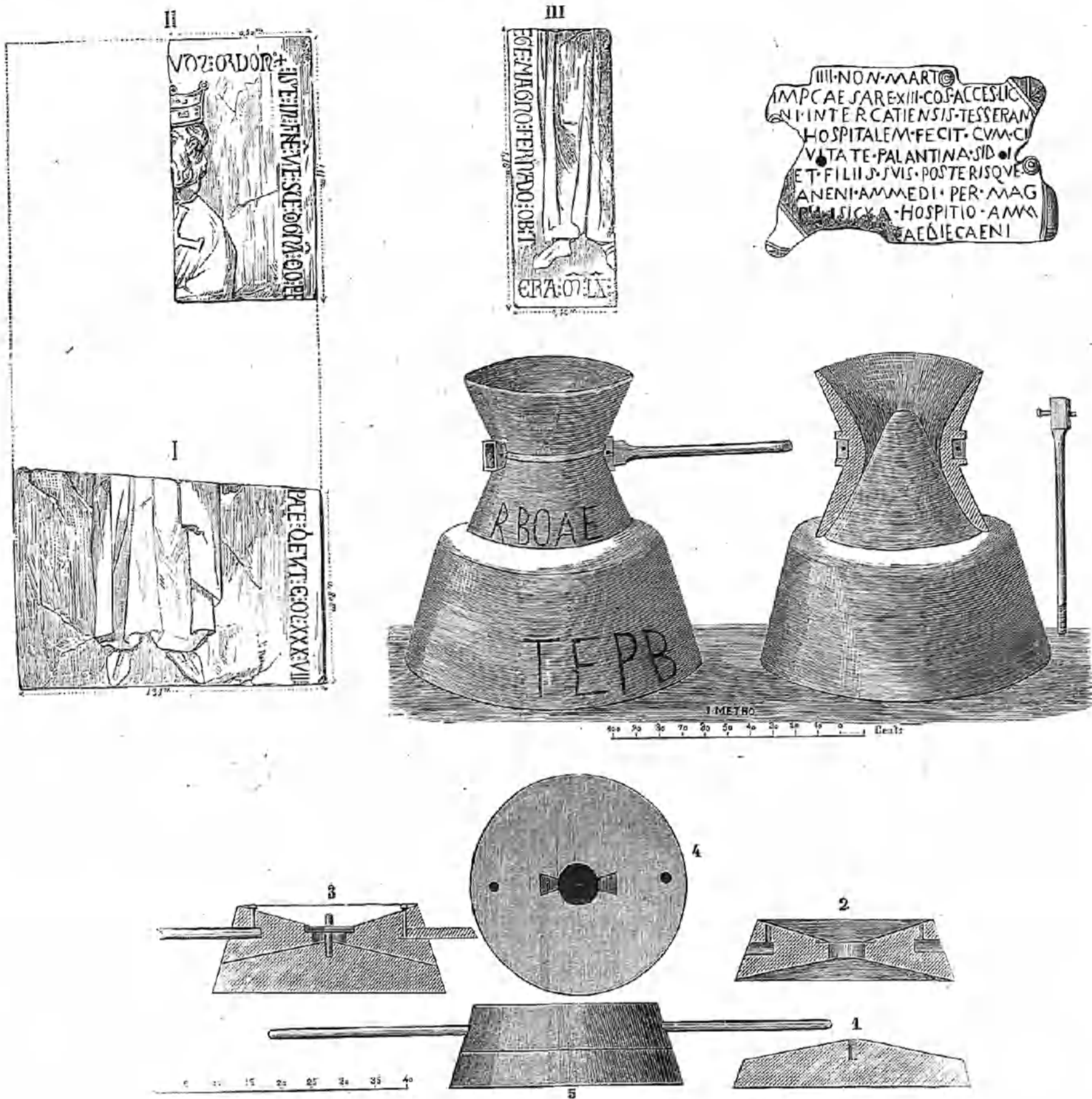
Los cadáveres fueron enterrados.

Algunos amigos suyos acudieron á consolarle, y uno de ellos, hombre pensador y de carácter franco, le dijo que más bien que llorar á aquellas prendas de su cariño, debería pensar en venganzas.

«¡Toda tu familia ha sido envenenada!» le dijo con entereza. Debes buscar al asesino y entregarlo á la justicia: eso consolará tu justo dolor.

«El asesino! ¿Y cómo buscarlo?»

Las pesquisas más esquisitas no dieron el resultado



GRABADOS PERTENECIENTES A LA REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

que se apetecía, y el crimen permaneció oculto en el mayor misterio.

En la negra no se podía ni aun sospechar.

¿No se hallaba peligrosamente enferma?...

La enfermedad de la esclava se agravó tanto, que ya no le fué posible contestar á las preguntas que se le hacian, para ver si daba alguna luz acerca de aquel crimen misterioso.

Un delirio horrible se apoderó de ella, y en medio de él y entre frases entrecortadas, pronunció repetidas veces la palabra veneno agitándose convulsivamente.

Esto despertó las sospechas de las personas que la rodeaban, las cuales pusieron sumo cuidado en escucharla, logrando de este modo averiguar la verdad de lo que habia sucedido.

El dueño de la esclava puso entónces el mayor cuidado en que ésta sanase de su enfermedad, y tuvo la fortuna de conseguirlo.

Cuando la negra se encontró fuera de peligro, el moro le echó en cara su crimen diciéndole que se preparase á sufrir un tremendo castigo.

La criminal mujer no demandó gracia alguna, y después de revelar al moro la pasión que sentia por él, le pidió que concluyese con su mísera existencia, la cual sin su amor le era odiosa.

—Yo no, le dijo su amo con el mayor desprecio, la justicia se encargará de ello.

En efecto, el cadí (juez) de Larache, después de convencerse perfectamente de su criminalidad, la condenó á muerte sin formación de causa, sin que mediase ese inmenso fárrago de papeles que constituyen los enjuiciamientos en Europa.

El crimen de la negra habia sido horroroso, pero tambien lo fué su castigo.

Enteramente desnuda fué encerrada en un enorme saco de tela grosera, dentro del cual habian metido anticipadamente víboras, gatos monteses y otras alimañas.

Aquel saco fué arrojado á la ría de Larache, ante un numeroso gentío.

El saco flotó algun tiempo sobre la superficie de las aguas.

Podian distinguirse perfectamente los agitados movimientos de la esclava al luchar con las víboras y culebras.

Por fin fué hundiéndose poco á poco el saco hasta desaparecer enteramente de la superficie de la ría, en la cual tan sólo quedaron unas pequeñas burbujas.

El crimen estaba castigado.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

**MEDALLA CONMEMORATIVA**

**DEL CONVENIO DE VERGARA.**

Con el patriótico objeto de perpetuar la memoria del fausto acontecimiento que dió fin á la saugrienta y fratricida lucha que por espacio de siete años ensangrentó el seno de la madre patria, dispuso el Gobierno ejecutar una medalla que conmemorase el convenio de Vergara; dos concursos se celebraron al efecto, pero con tan mal resultado que el Gobierno se vió en la precisión de ordenar á la Academia de Nobles Artes de San Fernando que designase la persona que por sus conocimientos artísticos fuese más apropiado para ejecutar dicha medalla. La Academia acordó por unanimidad confiar esta obra á su individuo de número D. Eduardo Fernandez Pescador, ventajosamente conocido en el mundo artístico por sus obras, entre las cuales nos permitiremos recordar los excelentes retratos de los Sres. Olózaga, duque de Rivas y Madrazo; la medalla distintiva de los diputados en la legislatura de 1858; el proyecto de moneda de 20 reales que le mereció una medalla de oro en la Exposición Nacional de 1864; la que ejecutó para los ejercicios de oposición cuando obtuvo su cátedra, y las dos que recientemente ha ejecutado para servir de premio



MEDALLA CONMEMORATIVA DEL CONVENIO DE VERGARA.

en los concursos de la Academia de Nobles Artes de San Fernando y en la Escuela superior de Bellas Artes. El mérito del Sr. Fernandez Pescador es ya bien conocido no solo en España sino en el extranjero: en la Exposición Universal celebrada en París en 1867, en la que sólo se adjudicaron al ramo de grabado de medallas un premio de 1.ª clase, uno de 2.ª y dos de 3.ª, sostuvo la lucha para el de primera clase con el Sr. Ponscarne, que al fin lo obtuvo, habiéndose casi equilibrado los votos, y le fué adjudicado el segundo por unanimidad, siendo muy de notar que obtuvo uno de tercera clase el grabador general de la casa de moneda de Londres.

El grabado que publicamos en este número, dará completa idea á nuestros lectores de lo feliz que ha estado el Sr. Pescador al concebir la alegoría de la reconciliación de los dos partidos, con una sobriedad de medios y un carácter de formas verdaderamente clásicos: en ella ha acreditado el autor una vez más el buen gusto que le distingue al elegir para su obra los medios de expresión del arte clásico desechando los de todo otro, poco adaptables á la conmemoración alegórica de un suceso político y militar.

Reciba el Sr. Fernandez Pescador nuestra cordial enhorabuena por el resultado tan lisonjero que ha obtenido en esta obra, consiguiendo expresar fiel y completamente su asunto y dando á su majestuosa composición una excelente distribución de líneas y masas, espacios agradables y acertadísima ponderación entre las partes que están en reposo y las que denotan movimiento. La armonía de dicho conjunto deja la vista y el ánimo plenamente satisfechos, y en vano procuraríamos con

una descripción pálida aumentar el efecto que estamos seguros ha de causar á nuestros lectores la vista del grabado que publicamos.

G.

## TEATROS.

Circo: *La favorita*, zarzuela en dos actos, arreglada por Pastorfidó; *Los estanqueros aéreos*. — Jovellanos: *Los brigantes*, zarzuela en tres actos, arreglada por Salvador María Granés.

Si elegimos las situaciones más dramáticas del libro inmortalizado por Donizetti; si, después de haberlas unido, ponamos de nuestra cosecha propia y, á guisa de cemento, escenas de gracia problemática; si, merced á tres ó cuatro rasgos caricaturescos, damos á ese todo tan fácilmente obtenido el sello especial del género bufo, y si, por último, dividimos caprichosamente en dos partes el conjunto formado por tan varios elementos, tendremos una cosa muy semejante á *La favorita*, original (?) de los Sres. Halevy y Meilhac y vertida al castellano (?) por el Sr. Pastorfidó. Con las representaciones de esta zarzuela y con un divertimento de ejercicios gimnásticos, ha inaugurado sus tareas la compañía de los bufos Arderius, sino con gran gloria, que esta no es posible en espectáculos de cierta naturaleza, con bastante provecho; y sirva lo último de lenitivo al dolor causado por lo primero.

Si dijésemos ahora que hay en la acción excesiva al género bufo algo que entristece, algo que repugna al

hombre digno, al espíritu elevado; si añadiésemos que esa tendencia constante á ridiculizarlo todo, lo mismo las adulaciones torpes del palaciego que los amores tiernos de la niñez, tanto los libidinosos antojos de una esposa adúltera como el sacrificio sublime de una madre cariñosa, es signo infalible de triste decadencia; si declarásemos ingenuamente, sin temor al riesgo, para nosotros despreciable, de no ser considerados como *sprits forts*, que cuando en un pueblo se desarrolla y adquiere grandes proporciones este afán de reirse de todo, del patriotismo, de la hidalguía, de la abnegación; cuando un día y otro la muchedumbre, ávida de nuevas distracciones, saborea los epigramas lanzados, ora contra la desgracia inmerecida, ora contra la fortuna bien lograda; cuando la juventud acude al teatro con el sólo propósito de combatir su insensibilidad prematura por el espectáculo de agraciados rostros, de formas bellas y de lascivas actitudes, hay motivos para sospechar ¿qué es sospechar? hay razón para afirmar rotundamente que en esa muchedumbre escasean los ánimos enteros y varoniles; que esa carcajada interminable no es la risa franca producida por el contento, sino la asquerosa mueca de la embriaguez; si todo esto y mucho más sostuviésemos ahora y apelásemos, para corroborar nuestra aseveración, á sucesos tristes que, con dolor en el alma y lágrimas en los ojos, hemos presenciado y estamos presenciando todavía, nada nuevo diríamos, puesto que dijésemos una gran verdad; pero ni la ocasión es la más apropiada para que nos engolfemos en consideraciones amargas, ni nos es dado invadir un terreno, á moralistas y filósofos reservado.

Bien será, por lo tanto, que después de impetrar humildemente perdón para nuestro momentáneo extravío, continuemos hablando de *La favorita*, que si en el fondo tiene, para nosotros, los defectos comunes á las obras de su clase, adolece en lo relativo á la forma de sobra de ligereza y falta de corrección, sin que para compensar esto y aquello puedan alegar los versos que la han condecorado, ni gracia en las ocurrencias, ni originalidad en los chistes, ni aun colorido en la parodia.

Unas cuantas palabras en *elb*, algunas alusiones políticas, un cuento que todos hemos oído muchas veces, y que es fama que ya contaba muchos años, allá, en tiempo de nuestros respetables abuelos, no son, por cierto, pruebas de ingenio que atenden los inconvenientes mencionados. Y para que todo sea análogo en *La favorita*, lo que comenzó siendo entremés y cosa de chécher, conviértese á la postre en drama sentimental, por obra y gracia de un desahucio en que—prescindimos de las palabras—rivalizan los personajes en generosidad, en nobleza y en elevación de ánimo.

De *Los estancieros aéreos* hemos dicho lo suficiente. Los ejercicios que dos artistas ejecutan en el trapico parecemos demasiado para actores y muy poco para gimnastas. No dudamos, porque reconocemos las disposiciones felices de los artistas aludidos, no dudamos de que con buen deseo y con aplicación constante llegarán á competir con el mismísimo Avolo; para cuando ese caso llegue esperamos admitir, con regocijo íntimo, sus saltos mortales y sus atrevidos volteos.

Entre tanto, á fuer de imparciales declaramos que estos ejercicios los desempeñan con más agilidad en el circo de Price; y no hablamos de los gimnastas callejeros, por no mortificar demasiado el amor propio de los nuevos acróbatas.

Y como es un hecho que el mal ejemplo cunde rápidamente, los empresarios del teatro de la Zarzuela han comenzado sus tareas haciendo una calaverada que casi casi no acertamos á disculpar en personas de peso y de años.

Otra zarzuela bafa, que por esta vez ni título propio tiene en castellano—ni lo necesita—*Los brigantes*, ha servido á los empresarios del teatro de Jovellanos para exhibir parte de los artistas que para esta temporada tienen contratados.

Offenbach, copiándose á sí mismo, aprovechando motivos que tal vez no desarrolló á su gusto en otras obras, apelando á ritmos de nuestra jota y de otros aires nacionales, ha puesto música á un libro de no sabemos quién, y que, entre otros varios, tiene el grave defecto de no ser bufo; aunque así se titula.

Quiérase, en efecto, estudiando con algún interés ciertas obras bufas, que al llamarlas así solamente se ha propuesto el autor hacer admisible para el público lo que con otro carácter no se hubiera aceptado.

Esto viene á ser, y permítasenos la frase, una especie de *happiest de la life*.

Tal autor concibió un argumento, y hallando acaso demasiado laboriosa la gestación, se apresura á darle á luz antes de tiempo; de esta apresuramiento resultan, como es necesario que resulten, anacronismos, no intencionados para dar gracia, sino originados en la falta de estudio; incongruencias, no hijas del ingenio, sino producidas por la ineptitud; absurdos y ridiculeces cuya causa es la carencia de plan; desconcierto, sucesos sin justificación, desahucio ibógico; y todo esto, no hecho así con propósito deliberado de distraer al espectador, presentando á sus ojos con cierta travesura esas incongruencias y esos absurdos, ese desconcierto y esos anacronismos, no, sino porque la inteligencia del escritor no alcanza otra cosa.

En este caso, el *bun venit* que, si no inspiración, tiene la suficiente práctica para seducir al público, corta por aquí, raja por allá, y con un par de pinceladas difrazadas de bafa una obra que ni era bafa antes, ni lo es después de la compostura; entra, sin embargo, en el repertorio, á traición, como el barba de los dramas románticos solía, gracias á su antifaz, mezclarse como uno de tantos entre conspiradores á quienes denunciaba luego.

Digase en conciencia, si *Los brigantes* no pertenece visiblemente á las obras convertidas en bufas contra la voluntad del espíritu que las concibió.

El arreglo está hecho á la ligera y con descuido; aún anda el escritor que lo hizo preveía que trabajaba inútilmente: ¿por qué trabajó pues?... Respetemos las razones que para ello tuviera; cuestión es esta que ninguna relación tiene con la crítica literaria.

Crítica, ó revista, ó lo que se quiera, que por hoy, con desear mejor suerte á las inauguraciones numerosas ya anunciadas, hemos terminado en este punto.

A. SANCHEZ PRADA.

## EL LILIAN.

VAPOR DE GUERRA DE LA MARINA ESPAÑOLA.

A la amabilidad del ilustrado oficial de marina don José Romero y Guerrero debemos el dibujo del hermoso buque de guerra á que se refieren estas líneas, y los detalles facultativos con que lo acompañamos.

Este buque, que el Gobierno acaba de adquirir de los ingleses, es en estos días el asunto que merece el primer lugar en los círculos de marina.

El vapor *Lilian*, que fue construido por los confederados de los Estados-Unidos para romper el bloqueo que los federales habían puesto á sus puertos principales, fué comprado posteriormente por la junta cubana de New-York, para conducir á esta isla, con destino á los insurrectos, una gran expedición de hombres y armamentos; expedición que mandaba el célebre general Goicuria: el costo total de ella, fué de 110.000 pesos fuertes.

Aprasado el buque en *Nassau* por el Gobierno inglés, fué comprado por el nuestro todo el armamento en pesos fuertes 12.000, produciendo después su venta en la isla 30.000 próximamente. Por último, el 21 de junio de este año adquirió también el buque nuestro Gobierno, en la insignificante cantidad de 16.000 pesos fuertes, habiendo, pues, costado menos que las ganancias producidas por la venta del armamento.

El *Lilian* tiene 250 pies de eslora; su máquina, de cilindros oscilantes y cuatro calderas multitubulares, desarrolla una fuerza de 300 caballos, pudiendo funcionar con alta y baja presión.

Su enorme andar, de 16 á 17 millas, y sus condiciones marineras, son circunstancias que harán de este buque, después de su arreglo y armamento, un magnífico aviso de vapor, y una gran adquisición para la marina de guerra.

## CANTINERA

DE UN BATALLÓN DE VOLUNTARIOS DE LA HABANA.

Si no fuera suficiente testimonio del entusiasmo con que se defiende en Cuba la nacionalidad española, el ardiente patriotismo de la mayoría de sus habitantes y la abnegación con que se olvidan los intereses más caros para atender sólo á la defensa de la patria y al mantenimiento del prestigio y la honra nacional, el dibujo que publicamos en otro lugar sería buena muestra del sentimiento público.

Al abrigo de la excitación, que es siempre compañía inseparable de las grandes alteraciones, impulsadas por un movimiento común á todos los individuos y á los intereses todos, las clases y las razas, los jóvenes y los ancianos, las mujeres y los niños, han olvidado en aquella fatigosa lucha las diferencias que los separaban; y frente al enemigo que espía sus actos para aumentar sus víctimas, á la vista de tantas ruinas y de desventura tanta, han unido necesariamente sus sentimientos por el lazo de una misma simpatía, y fijos en los peligros que rodean á ese hogar, que contiene cuanto en la tierra se quiere, y en la ruina de la patria, que representa glorias y tradiciones que el corazón ama; han dado al olvido las debilidades del sexo, han prescindido del reposo que la ancianidad manda, y no han tenido más móvil que el sacrificio, ni más aspiración que volver á España.

Por fortuna, el éxito viene ya á confirmar sus generosos esfuerzos: los perpétuos enemigos de nuestra dominación en América volverán, ingratos como siempre, á tramar en el misterio proyectos contra nuestra patria; los que alimentan en el país esperanzas de independencia persistirán quizás en sus insensatos propósitos; pero mientras el cuerpo social en todos los elementos que lo constituyen protesta y se levanta en armas al menor intento de rebelión; mientras las madres contribuyen á mantener el sentimiento nacional alentando á sus hijos para el combate, ó haciéndoles partícipes del entusiasmo patrio; mientras las hijas de las familias más distinguidas se engalanan con las insignias de un batallón de defensores voluntarios del país, para expresar en alguna forma el patriotismo que anima á toda aquella sociedad; mientras se cuenta, en fin, con tantos y tales elementos de vitalidad poderosa, España nada tiene que temer; Cuba, cualquiera que sean las amenazas, cualquiera que sean las traiciones que la preparen, no puede ni podrá nunca separarse de la nacionalidad española.

## CAMPAÑA FRANCO-PRUSIANA.

VIII.

BATALLA DE SEDAN (1.º de setiembre.) Así como los combates librados del 14 al 18 de agosto en las cercanías de Metz están íntimamente relacionados entre sí, formando todos ellos una sola operación militar que, coronada por el más feliz éxito, dió por resultado el cortar al ejército del general Bazaine su comunicación con París y con el resto de las tropas francesas mandadas por Mac-Mahon, del mismo modo los combates que en los días 30 y 31 de agosto se verificaron en el valle de Nonart y en Mouson y Carignan, no fueron más que los movimientos preparatorios precisos para preparar la batalla del 31, cuyo fatal resultado para Francia es de todos conocido.

En la mañana del 1.º de setiembre, el ejército francés apoyaba su izquierda en Moncelle, Platinaire y Petite-Moncelle, observando el camino de Metz á Montmédy, cubriendo el ferro-carril y el paso de Bazelle, extendiendo su línea de batalla hacia la derecha por las alturas de Daigny entre Petite-Moncelle y Gibonne, prolongándose por Floing al calvario de Illy. Esta línea de batalla describía, como se ve, una curva alrededor de Sedan, de unos cinco kilómetros de desarrollo y á cuatro kilómetros término medio de distancia de la plaza, y la fuerza que la componía, al mando del mariscal Mac-Mahon, ascendía á unos 110.000 hombres de los cuerpos 1.º, 5.º, 6.º, 7.º y 12.º, con 460 cañones.

El ejército alemán pasó el Mosa el 31, y aprovechando los numerosos puentes de madera establecidos sobre el Chier, y que los franceses al retirarse de Carignan dejaron intactos, pasaron el río y envolvieron completamente el ala izquierda francesa, sin que Mac-Mahon sospechase nada de este movimiento que tuvo consecuencias tan decisivas.

El 1.º de setiembre al rayar el día los bávaros atacaron el ala derecha en Bazelle sobre el Mosa y poco á poco la lucha se hizo muy viva, viéndose precisados á tomar las casas del pueblo una por una. Este combate duró casi todo el día y para terminarle tuvo que reforzar al ejército bávaro una división del 4.º cuerpo. Al mismo tiempo la Guardia Real prusiana avanzaba sobre Gibonne y el 5.º y 11.º cuerpo hacia Saint-Menges y Flegny. Los alemanes emprendieron entonces un violento combate de artillería prolongado durante varias horas y en que tuvieron que ganar el terreno paso á paso.

Las dificultades que tuvo que superar en su marcha la infantería alemana fueron inmensas á causa de los profundos cortes del terreno guarnecido de bosques que favorecían en extremo la defensa tenaz que sostenían los franceses. A las nueve de la mañana empezaron estos en retirada en dirección á los bosques de Garenne, mientras su primer cuerpo ejecutaba un cambio de frente á retaguardia sobre el ala derecha, movimiento excesivamente peligroso y que el general en jefe mandó suspender con intención de repliegarse con su ejército hacia Illy, extremo derecho del ejército; á las doce los comandantes generales del 7.º y 8.º cuerpo, lo mismo que el general Douay, hicieron presente al general Wimpffen que no les era posible resistir más tiempo á causa de la inquietud que les inspiraba la situación de sus fuerzas, expuestas á un fuego mortífero de artillería; la caballería francesa recibió orden de internarse en lo más espeso del bosque, atacando al 5.º cuerpo alemán, y apesar de tres heroicas cargas en las cuales logró rebasar varias veces la línea de batalla enemiga por los intervalos de los batallones, no pudo romperla dejando el campo sembrado de cadáveres de hombres y caballos.

Desde este momento la retirada de los franceses en toda la línea se hizo inevitable. El 1.º y 7.º cuerpos, abordados enérgicamente por los alemanes fueron rechazados hacia Sedan, hasta el punto de exponerse á los fuegos de la plaza: el 12.º cuerpo que ocupaba el ala izquierda, atacó bravamente al enemigo, pero sin conseguir abrirse paso en dirección á Carignan, como se proponía. Era la noche de la tarde: el general Wimpffen, que desde las siete de la mañana en que cayó herido Mac-Mahon mandaba en jefe, recibió del emperador una carta en que le participaba que había mandado izar bandera blanca en la plaza, y le invitaba á que entrara en negociaciones con el enemigo. El general Wimpffen se resistió enérgicamente á cumplir estas órdenes y entró en la plaza con el laudable objeto de reunir las fuerzas que en ella había y llevarlas al combate. Convencido de la imposibilidad de conseguir el éxito que merecía tan supremo esfuerzo, presentó inmediatamente su dimisión que el emperador no quiso admitir, antes bien renovó sus instancias para que entrara en negociaciones con el

general Moltke, á quien había dado poderes el rey Guillermo para negociar la capitulación, que fué firmada á la mañana siguiente, y cuyos términos son ya demasiado conocidos para ocupar con ellos á nuestros lectores.

Pocos fueron los oficiales y soldados que se negaron á cumplimentarlas, y de éstos la mayor parte se refugió en Bélgica, logrando muy pocos dirigirse á París burlando la vigilancia de los centinelas alemanes.

Al día siguiente (2 de setiembre), el general en jefe celebró Consejo de generales, y por unanimidad se convino en que la resistencia era de todo punto imposible, y en su consecuencia, el ejército de Mac-Mahon, última esperanza de Francia, se entregó prisionero de guerra con todo su material, siguiendo el ejemplo del emperador, cuya conducta no queremos juzgar como se merece, pues hártó dura estará la historia con su recuerdo.

En tanto que esto sucedía en las cercanías de Sedun, el general Bazaine procuraba á toda costa romper el círculo de hierro en que los alemanes le tienen aún sujeto; por seis puntos distintos empujó sus columnas de ataque, que fueron rechazadas por el fuego del enemigo, obligándole á replegarse bajo los cañones de Metz, de donde probablemente no podrán alejarse los soldados franceses sino como prisioneros de guerra.

La importancia de estas dos batallas ha sido tal, que en todo lo que va corrido del presente mes no ha podido aún Francia presentar un obstáculo serio á los alemanes en su marcha victoriosa hacia París. El telégrafo únicamente nos ha anunciado que durante el cerco de París han tenido lugar varios combates en que, como siempre, la victoria coronó á los batallones alemanes; pero no anticipamos los sucesos: el sitio de París llama por sí sólo la atención lo suficiente para que nos obligue á ocuparnos de él, empezando por la descripción de sus renombradas fortificaciones.

### IX.

**FORTIFICACIONES DE PARÍS.** En un artículo publicado en la *Revista de Ambos Mundos* por Mr. Xavier Raymond, artículo traducido y publicado en la mayor parte de los periódicos españoles, se asientan proposiciones tan aventuradas sobre las defensas de París, y á pesar de esto tan creídas por los periódicos españoles, que es fuerza no dejarlas pasar sin contradicción, siquiera tengamos que lastimar, á pesar nuestro, el amor propio y la susceptibilidad de los ingenieros militares franceses.

Las fortificaciones de París están formadas por un recinto abaluartado de 94 frentes, protegidos por una línea de fuertes exteriores destacados, que á distancia conveniente envuelven la plaza. Los frentes son todos conformes al sistema de Cormontaigne, sin medias lunas, camino cubierto, fuegos acammatados, ni obras ó defensas de otra especie, si se exceptúan algunos calaberreros de tierra levantados en varios baluartes para dominar mejor la campaña. La escarpa es de mampostería de pequeños sillarejos y tiene 36 pies de altura uniforme y constante: lleva en el interior contra-fuerzas de 15 en 15 pies, y esta distancia es igual al espesor del muro en su parte superior. Al pie de este recinto corre un camino militar, y un foso general de 15 metros de ancho precede al recinto que acabamos de describir y cuya contra-escarpa es de tierra en su salud natural por todas partes, presentando en algunos sitios escalones para facilitar las salidas. Sobre ella se levanta el glacis lo suficiente para cubrir las mamposterías de escarpa de los frentes directos. Los caminos que salen de la ciudad rompen este recinto, cerrando los claros con pequeñas verjas adornadas con las casacas del regimiento, pero sin ninguna construcción militar que las defienda. Al pie del glacis hay un camino que llaman los franceses *estratégico* no sabemos por qué, y otros transversales conducen á los fuertes.

Son los principales de éstos en número de 14, y bajo su protección hay otros pequeños que tienen por objeto cubrir líneas importantes como los canales de Saint Denis y de l'Ourque, á ocupar posiciones ventajosas como las de Roany y Fontenay. El fuerte de la Briche, la doble corona del Norte, la luneta del Maine y el fuerte del Este, cubren el pueblo de Saint Denis. Aproximándose al recinto siguen los fuertes de Aubervilliers y de Romainville y cambiando de dirección la línea hasta el Este siguen los fuertes de Noisy, Roany, Fontenay y Nogent uniéndose al alejar y fuerte de Vincennes, grande arsenal de la Francia. El fuerte Charenton, situado entre el Marne y el Sena, une las obras de la orilla derecha con las de la izquierda, mucho menos fortificada la primera y cuyos fuertes destacados son Ivry, Biedre, que Montrouge, Vanves y Issy. Entre Versailles y Saint Denis está la fortaleza del monte Valerien, la más notable de todas las del recinto según los franceses, porque

puede alojar 600 infantes y el personal de artillería é ingenieros necesario para servir las 60 piezas con que está armada.

Todos estos fuertes se han construido bajo unas mismas ideas é iguales principios. Son grandes redutos abaluartados de cuatro ó cinco frentes con escarpa revestida, contraescarpa de mampostería y glacis en sus bordes; en dos ó tres de sus cortinas tienen todos casamatas para abrigo de sus defensores, siendo de notar que no están construidas con objeto alguno defensivo, puesto que no hay en ellas troneras hacia el exterior, ni camino cubierto ni obras exteriores se ven en ninguno de ellos, y únicamente se han levantado en los frentes atacables pequeños redutos de mampostería, destinados, á lo que parece, á proteger las salidas.

No causaremos á nuestros lectores con la descripción individual de cada uno de estos fuertes, creyendo basta lo expuesto para poder apreciar el valor que las fortificaciones de París pueden tener en un caso como el presente, delante de un ejército aguerrido y conocedor de todos los medios de ataque descubiertos hasta el día. Por esta misma razón no analizaremos tampoco las novedades parciales que ofrecen sus partes independientes del sistema según el cual se han combinado, y mucho menos dispondremos la conveniencia y necesidad que tenía París el año de 1840 de levantar estas fortificaciones, que en nuestra humilde opinión han de servir para poco más de nada.

Respetamos los conocimientos y el saber del cuerpo de ingenieros militares francés y no pretendemos rebajar su mérito en modo alguno, pero como París nunca puede verse atacado sino por un ejército que, como en el caso actual, no hayan podido contener los regimientos franceses más allá de los Vosgos, en esta hipótesis basaremos nuestra crítica. Suponemos para ella, que los fuertes y el recinto están al completo de su material de guerra; que las vituallas abundan para militares y paisanos, y que 300.000 soldados bien armados y mejor instruidos y á las órdenes de un general de valor é inteligencia reconocida, están encargados de la defensa de la capital de Francia; que la población de París, animada del mejor espíritu, no promueve disturbios interiores, que fuere á su gobernador á distraer tropas de la defensa para restablecer el orden en el interior. Creemos, sin modestia, que no pueden darse mejores condiciones para defender una plaza de guerra; pues supuestas todas (cual es el fuerte exterior que se cita por sí mismo de resistir ni una semana un ataque hábilmente dirigido) y después de haberse apoderado el enemigo de uno ó dos fuertes destacados, ¿qué resistencia presenta el recinto para que en tres días no haya la artillería del sitiador abierto en él numerosas brechas por donde penetrar en la plaza?

Abandonados así mismo los fuertes destacados sin otra actividad defensiva que la que se desprende de sus parapetos ó de las débiles salidas de sus guarniciones, su resistencia debe ser casi nula contra los poderosos medios del sitiador. En vano se nos dirá que las fuerzas de caso tendrán que habilitarse circunvalando un recinto de más de 33 kilómetros, porque esto es una suposición gratuita é inadmisibile. El ejército enemigo que llegue sobre París tendrá siempre la fuerza suficiente, no para establecer el bloqueo rigoroso que para nada necesita, sino para ocupar las vías principales de comunicación, emprendiendo el ataque contra uno ó dos de aquellos fuertes desplegando contra ellos todos sus medios de ataque, sin cuidarse para nada de lo que el defensor haga por otra parte, ni de las vituallas que siempre en escaso número y por ocultos caminos pueda introducir. Las fortificaciones de París por sí solas no pueden resistir un sitio de quince días y al tiempo ponemos por testigo de este aserto, que parecerá á algunos aventurado y pretencioso. La defensa de París será siempre una batalla campal entre dos cuerpos de ejército, uno inferior en número y probablemente abacido por derrotas anteriores, y otro orgulloso con sus victorias y provisto de poderosos medios de ataque. Ahora bien: en estas condiciones y en el caso presente, ¿á qué lado se inclinará la victoria? Probablemente donde hay más batallones compuestos de soldados vencedores de su enemigo en repetidos encuentros. De lo expuesto nos atrevemos á deducir que la defensa de París, aun exponiendo á sus habitantes animados de los mejores deseos de prolongarla, será siempre un asunto de pocos días, á menos que después de pérdidas sus defensas militares se atrevan á emprender una guerra de calles, siguiendo el ejemplo tantas veces citado por ellos en estos días de nuestra inmortal Zaragoza. Conviene además no olvidar que los fuertes exteriores están fortificados hacia la plaza casi con las mismas obras que hacia la campaña, y por consecuencia que cada fuerte que tomen los ale-

manes será para ellos una hermosa batería de sitio contra la plaza. Hacemos caso omiso de que París, convertido en último campo de batalla, es, en nuestro concepto, el peor que se ha podido elegir para defender la independencia de Francia; su riqueza, el gran número de sus habitantes, su comercio, su industria y hasta sus bibliotecas y museos, han de ser causa de que la acción moral de que tanto necesitan los ejércitos en campaña, y sobre todo después de batidos varias veces, se halle siempre enervada por estas y otras infinitas causas que sería prolijo enumerar.

Pocos proyectos de ley han despertado en las Cámaras de ningún país discusiones tan violentas como á las que dió lugar el tan celebre de las fortificaciones de París; desgraciadamente creemos que se demostrará ahora hasta la evidencia la razón con que la oposición liberal francesa se oponía á ellas, calificándolas de inútiles y onerosas para el país, y los sanos y acertados consejos de tanto militar francés que creía que la defensa de París no debía nunca hacerse en París, sino á algunas leguas de sus edificios. Ni un recinto continuo, aunque fuera la gran muralla de China, ni un sistema cualquiera de fuertes destacados, podrán servir para defender esta grande y rica capital, que por su misma extensión se encuentra fuera de todas las condiciones defensivas. Ahora probablemente pagará Francia muy caro el haber falsificado todas las reglas militares, haciendo de su capital el último punto de apoyo de sus ejércitos y el postrer baluarte de su independencia, pues que no ha conseguido más que atraer sobre ella todos los poderosos medios de ataque de los alemanes. Antes de terminar, queremos recordar las palabras que en una obra célebre dice el general Rogiat á este propósito:

«En cuanto á las capitales, las costumbres, las necesidades y el modo de ser de sus numerosos habitantes, incapaces de sufrir las privaciones que causa la guerra, son ordinariamente un obstáculo invencible para su defensa. Es preciso limitarse á defender las avenidas de una capital por cuerpos de ejército apoyados en obras de campaña, y establecer cerca de aquella una gran plaza central, que sea el arsenal y último depósito de armas y municiones para todo el ejército. Esta plaza en Francia debía situarse sobre el Loire.»

Metz, Thionville, Phalsburgo y Strasburgo, mantienen sobre sus muros á medio derriuir la bandera tricolor; pero los alemanes estrechan el cerco, y pudiendo proveerse fácilmente de vituallas y municiones y hasta reemplazar las bajas casi en el día, es muy probable que no pasen muchos sin que el telégrafo nos anuncie que alguna bandera alemana ha reemplazado á la francesa sobre los parapetos de las antedichas plazas.

En Strasburgo parece que ya han terminado el coronamiento del castillo cubierto y están construyendo el caso del foso; y si hubiéramos de crear á un periódico ilustrado francés, ó mejor dicho, á uno de sus dibujantes, sólo el Ill separa ya dentro de la ciudad á franceses y alemanes.

En Metz, el sitio va, al parecer, más despacio; el ejército de Bazaine defiende con tesón el campo strinsberado y por consiguiente las fortificaciones de la plaza deben estar aún intactas. De Thionville y Phalsburgo no se conocen detalles, aunque pueda suponerse que deben estar ya en el último período de la defensa.

La fortaleza de Looz se rindió el día 15 á los alemanes, que al mando del príncipe de Mecklembourg-Schwerin tomaron posesión de ella; aún no había acabado de entrar en la plaza el ejército alemán cuando el polvorín de la ciudadela, que contenía, al decir de los franceses, 26.000 kilogramos de pólvora, fué casual é intencionalmente incendiado, y la fortaleza saltó, supultando entre sus ruinas cerca de quinientos personas, la mayor parte francesas. Mientras no tengamos cabal conocimiento de las circunstancias con que se verificó esta voladura, suspendemos nuestro juicio, por más que nos ha causado gran extrañeza el ver á los periódicos franceses aplaudir lo que llaman heroica conducta del gobernador de la plaza, á quien atribuyen el hecho como voluntario y premeditado. En nuestro concepto, si la voladura ha sido intencional, no es sencillamente más que una violación completa del derecho de guerra consistiendo en Europa, y como tal digno de amonición y censura. Todos los medios que emplee el gobernador de una plaza para defenderla hasta el último extremo nos parecen buenos y dignos de aplauso si consiguen con ellas retardar el momento de rendirla; pero llegado ya éste y firmada la capitulación, no queda al militar guillotinado otro camino que cumplirlo en todas sus partes con la lealtad é hidalguía de todo caballero. Esto tal vez parecerá injusto á nuestros vecinos de allá del Pirineo; pero esta fue la conducta que siguió en Gerona el general Alvarez, cuyo recuerdo guarda siempre nuestra historia

patria unido al triste de su misteriosa muerte en un calabozo del castillo de San Fernando en Figueras.

El telégrafo ha anunciado ya la toma de Toul por los alemanes, á las tres horas y 35 minutos de la tarde del 23; pero en el momento en que escribimos estas líneas no se han recibido aún detalles acerca de este hecho, que será seguido dentro de poco por otros análogos y de mayor importancia.

Las comunicaciones de París con los departamentos están interrumpidas, y ya han empezado los combates precursores de la gran catástrofe que amenaza á la capital de Francia. El sábado 17 tuvo lugar el primer encuentro hacia el Norte del bosque de Brevanert; al siguiente día los cuerpos 5.º prusiano y 2.º bávaro, después de franquear el Sena por cerca de Villanueva, al Sud de París, atacaron en las alturas de Sceaux á tres divisiones del ejército que manda el general Vinoy, empujándolas hacia los fuertes de París y cogiéndolas siete cañones y muchos prisioneros. El cuartel general del ejército sitiador está en Versalles, donde también han caído prisioneros 2 000 guardias móviles; un numeroso tren de sitio ha atravesado la antigua frontera francesa y debe estar ya cerca de París; todo, pues, parece anunciar que el desenlace de este trágico drama se aproxima y que no quedan ya muchas semanas de guerra.

El gobierno provisional de la república francesa se ha trasladado á Tours, seguido de todo el cuerpo diplomático; el ministro de Negocios extranjeros, Mr. Favre, quedó en París, desde donde solicitó del conde Bismarck una entrevista que le fué acordada y que pareció á algunos sintoma seguro de una paz inmediata que evitaría á París los horrores de un sitio, por corta que sea en duración: estas esperanzas han fracasado, y el último parte recibido y que por su importancia trasladamos íntegro á nuestras columnas, prueba que el rey Guillermo quiere á toda costa penetrar en París, que al parecer se prepara á una defensa enérgica.

Dice así el despacho:

«Tours 24 (á las cuatro y 15 de la tarde). — MADRID 10 PM (á las once de la noche). — El encargado de negocios de España al señor ministro de Estado.

Esta delegacion del gobierno va á publicar la proclama siguiente, que es á la que me refería en mi telegrama anterior.

A la Francia: antes de que sea atacado París, Mr. Julio Favre, ministro de Negocios extranjeros, ha querido ver á Mr. Bismarck para conocer las disposiciones del enemigo; he aquí la declaracion de éste: la Prusia quiere continuar la guerra y que la Francia quede reducida á potencia de segundo orden; Prusia quiere la Alsacia y la Lorena hasta Metz, por derecho de conquista, y para consentir en un armisticio ha osado pedir la rendicion de Strasburgo, de Toul y de Mont Valerien. Paris exasperado se enterrará antes entre sus ruinas. A tan insolentes exigencias no se puede contestar, en efecto, más que con una lucha sin tregua.»

La mision de Mr. Julio Favre ha fracasado y parece que tampoco ha sido más feliz Mr. Thiers en la que le llevó cerca del gobierno británico; este ilustre historiador y hombre de Estado debe estar á estas horas en San Petersburgo, de donde regresará en breve, probablemente después de recoger otro nuevo desengaño; las esperanzas de paz se van desvaneciendo cada dia, por más que todo el mundo desee ardientemente la terminacion de tan sangrienta y costosa campaña. Las elecciones generales y municipales se han aplazado y el *Monitor de Paris* publica una nota conforme á la proclama del gobierno local de Tours apelando al fallo de Europa, y en la que dice: «Hemos querido poner término á una lucha inhumana que destruye las naciones en provecho de algunos ambiciosos. Aceptamos condiciones equitativas;



CANTINERA DE UN BATALLON DE VOLUNTARIOS DE LA HABANA.

pero no abandonaremos ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas. Los parisienses esperan un esfuerzo heroico del resto de Francia y prometen sostenerse todo el invierno, cosa que á nosotros nos parece de todo punto imposible, á pesar de sus buenos deseos y de que, según una carta semi-oficial, «todos los ciudadanos sin distincion de matices políticos están de acuerdo para sostener enérgicamente al gobierno», asercion desmentida por un parte de origen prusiano, en el cual se asegura haber oido el día 21 dentro de París nutrido fuego de fusilería, lo cual parece anunciar que han empezado ya los desórdenes interiores que nosotros preveníamos. Asegúrase también que en el Loira está ya formado un ejército francés de 200.000 hombres; si esto es cierto, que lo dudamos, mucho pueden hacer en el caso presente atacando la retaguardia de los distintos cuerpos alemanes que rodean á París, obligándoles tal vez á atrincherarse, en lo cual tienen que emplear bastante gente y tiempo, lo cual podrá alargar algunos dias la rendicion de París.

Los alemanes ocupan ya á Bougival, Rueil y Nanterre; sus avanzadas se han visto sobre las carreteras de Chatillon á Chevreuse y de París á Sceaux, más allá de las colinas de Villejuif hacia l'Hay Chevilly; algunos caballos ligeros han aparecido por la parte de Saint-Cloud y cerca del puente de Bry, sobre el Marne. Los cuarteles generales están, al parecer, el del rey en Meaux; el del principe Alberto en Brunoy; el del principe real de Prusia en Fontainebleau y el del principe de Sajonia en Bozous, y el del general Falkenstein en Choisille-Roi. Según telegrama de Orleans, Pithiviers continúa ocupado por 3.000 prusianos.

## LA ILUSTRACION DE MADRID.

### BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los días 12 y 19 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados *esotéricos* en tinta española, intercalados en el texto.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses . . . . .	22 reales.
Medio año . . . . .	42 »
Un año . . . . .	80 »
EN PROVINCIAS.	
Tres meses . . . . .	30 »
Seis meses . . . . .	56 »
Un año . . . . .	100 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año . . . . .	80 »
Un año . . . . .	160 »
AMÉRICA Y ASIA.	
Un año . . . . .	240 »
Cada número suelto en Madrid . . . . .	4 »

### PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredora Baja, núm. 39.

PROVINCIAS.—En las principales librerías.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones . . . . .	22 reales.
Medio año . . . . .	42 »
Un año . . . . .	80 »
EN PROVINCIAS.	
Tres meses . . . . .	30 »
Medio año . . . . .	56 »
Un año . . . . .	100 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año . . . . .	80 »
Un año . . . . .	160 »

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya adelantado en metálico ó sellos de correos. A gente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de *La Propaganda Literaria*.